

# LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO III.

Santiago, julio 24 de 1870.

Núm. 147.

## SUMARIO.

Certámen literario.—Las sectas inglesas, conclusion — El vértigo de un vicio.— Una página de la amistad, continuación.—Poesías.—Personaje misterioso.

## CERTÁMEN LITERARIO.

Al certámen que el 15 del mes pasado abrió el CÍRCULO DE COLABORADORES de este periódico, se presentaron los siguientes trabajos:

I. «El vértigo de un vicio», suscrita con el seudónimo *Flavio*.

II. «A orillas del Biobío», suscrita *Mari-güen*.

III. «Leyenda Indiana», señalada con el lema: *Es preciso americanizar*.

IV. «El consuelo de los que sufren», anónima.

V. «El cerro de la Campana», con un mote.

VI. «Historias por cuentos», suscrita *S. 6.—11—70*.

VII. «Mi doble sueño», suscrita *Bello*.

VIII. «El matrimonio del Diablo», suscrita *Se....bo*.

IX. «Amor i fé», suscrita *S. N. U.*

X. «Historia de Agustín i Margarita», suscrita *¡Adios!*

Todos ellos fueron entregados a la comisión que debía informar, compuesta de los señores don Zorobabel Rodríguez, don Carlos Walker Martínez i don Enrique del Solar.

La comisión los examinó detenidamente i con la mayor celeridad posible i con fecha 19 del presente decidió:

1.º No tomar en consideración los trabajos titulados: «El matrimonio del Diablo», «Mi doble sueño» e «Historias por cuentos»;

2.º Adjudicar el premio a la composición titulada «El vértigo de un vicio»; i

3.º Hacer mencion honrosa de las tituladas: «A orillas del Biobío» i «El consuelo de los que sufren».

Reunido el *Círculo* en sesión extraordinaria, el 20 del presente, procedió a abrir los sobres correspondientes al trabajo premiado i a los que obtuvieron mencion honrosa. El sobre correspondiente a «El vértigo de un vicio» contenía la firma del señor don Valentín Murillo, la de «A orillas del Biobío» del señor don Máximo R. Lira, la de «El consuelo de los que sufren» del señor don Mariano Egaña.

Abiertos los demás sobres, se encontraron las siguientes firmas:

Don Francisco González E. correspondiente a la composición «Historia de Agustín i Margarita».

Don Ruperto Marchant P.—«El cerro de la Campana».

Don Luis Larrain Zañartu—«Amor i fé».

Don Raimundo Larrain C.—«Leyenda Indiana».

J. D. N.—«El matrimonio del Diablo».

S. 6—11—70—«Historias por cuentos».

Don Manuel Arenas—«Mi doble Sueño».

Felicitemos a los señores Murillo, Lira i Egaña, no por lo que valga en sí la distinción que el *Círculo* tiene el honor de hacerles, sino simplemente por su triunfo literario. A nombre del *Círculo* i a nuestro propio nombre, damos también las más expresivas gracias a todos los que han favorecido con

tianos bíblicos han prometido aumentar el salario de sus ministros. Se vé, por las discusiones, que están dispuestos a dejarse absorber por los kilhamitas i hacer, como buenos cristianos que son, concesion tras concesion.

La fusion está en excelente via de progreso.

La última conferencia (14 de junio de 1869) de la Nueva Conexion ha decidido, sin embargo, que no se realice hasta que tenga lugar en Halifax en junio próximo la nueva Conferencia.

JUAN HARLEY.

A continuacion comenzamos a publicar la mui interesante novelita del señor don Valentin Murillo que, como en otra columna verán nuestros lectores, ha sido premiada en el certámen abierto el 15 de junio por el *Círculo de Colaboradores de «La Estrella de Chile.»*

Recomendamos mui encarecidamente su lectura.

## EL VÉRTIGO DE UN VICIO.

EL CAFÉ DE LA ESTRELLA.

### I.

Situado a inmediaciones de la plaza de Santiago existia en 1863 un café cuyo frontispicio sucio i descuidado contrastaba notablemente con el lujo de sus aposentos interiores. Un farol de vidrios opacos por el polvo alumbraba con su vacilante luz un largo i estrecho pasadizo de paredes ennegrecidas por el tiempo.

En el primer piso de esta misteriosa casa habia algunos billares ocupados por incensivos parroquianos, que arriesgaban al juego el importe de su modesta cena o el almuerzo de algunos cubiertos para el siguiente dia, cuando los curiosos, siguiendo con interes las combinaciones del juego, tomaban partido en las probabilidades de éxito de una reñida mesa.

Alguna vez se solia dar conciertos que jamas excedian de las 12 de la noche, hora

en que, por lo jeneral, se apagaban las luces i se cerraban las puertas. Esto, nos apresuramos a decirlo, era un verdadero acontecimiento en los anales del café de la Estrella.

La persona que hubiera visitado por primera vez este establecimiento, es probable que no viera otra cosa que lo que hemos descrito, si se exceptúa la angosta entrada de una escalera abierta en lo mas oscuro del pasadizo. Es cierto que, si alguien se hubiera aventurado en ese revuelto laberinto, habria encontrado en el descanso de la escalera a un portero alargándole silenciosamente la mano, i que, a no corresponder a esta muda insinuacion, le habria mostrado la puerta de una manera significativa.

Nosotros, sin embargo, conduciremos al lector a ese segundo piso sin necesidad de contraseñas especiales, si quiere tomarse la molestia de seguirnos al sitio en que tendrán lugar los hechos que vamos a referir.

### II.

Al fin de la escalera i en una antesala de pavimento desnudo i sin mas luz que la proyectada por una lamparilla de aceite, se hallaba invariablemente a las primeras horas de la noche un hombre de aspecto extraño i repulsivo, sentado en un mal sillón de paja.—Este hombre podria tener 50 años de edad.

A pesar de ser la estacion del verano vestia un largo paltó de invierno, i tan raído que con facilidad se hubieran contado los hilos de la trama. Un pantalon de casimir de dudoso color le caia sobre unas botas charoladas, dejando ver por entre sus aberturas los sucios dedos de sus pies.

Por lo mal que se avenian a su cuerpo, i por la elegancia primitiva que era de suponer en esas ropas, era fácil deducir que su adquisicion era debida a las dádivas de alguna persona caritativa.

Al alcance de su mano, tenia este hombre un vaso de aguardiente que apuraba a pequeños sorbos con inefable satisfaccion. Lo que habia de notable en su fisonomía, aparte de una sonrisa burlona que vagaba por sus labios, eran sus largas cejas al traves de las cuales se divisaban penosamente unos ojos pequeños i adormecidos por la constante ebriedad.

Si alguna persona entraba a la antesala, el extraño personaje que hemos descrito,

después de una rápida pero segura inspección, tiraba de un cordón pendiente del techo al alcance de su mano i dirigía al recién venido preguntas extravagantes. Si la discusión se prolongaba, intervenía el portero del descanso, atento al menor jesto del hombre del paltó. Fijaba éste algunas veces sus ojos de reptil en el boleto que había servido de entrada, i otras sin necesidad de este exámen previo, hacia una imperceptible insinuación, i el inteligente portero se apresuraba a despedir al recién llegado por mas que intervinieran las protestas o la violencia.

Sucediera esto o aquello, el del raído paltó volvía a su estóica inmovilidad.

### III.

Serian las 9 de la noche del 10 de diciembre cuando se sintieron pasos, i un hombre de fisonomía melancólica i vestido de negro apareció en lo alto de la escalera. Se dirigió hacia el guardián de la antesala i dejó en sus manos una moneda de oro. Frotóla éste entre sus dedos i alzó lentamente sus apagados ojos.

—Pues no es otro—dijo, reconociéndolo.—Oye, Daniel; eres un buen muchacho, i veo con placer que te acuerdas siempre de us amigos.

—Sí, siempre—replicó su interlocutor con tono triste.

—Tanto mejor; aquí tengo para dos días de aguardiente.

—¿No fuera mejor, Jerardo, que pensaras en sustituir por ropas mas lijeras tu raído paltó?

—No, por cierto; este paltó que merece tus críticas se adapta admirablemente a todos los usos i a todas las estaciones. En invierno me preserva del frío de esta maldita sala, que, te juro por mi honor, es tan fría como el país de Siberia; i en verano me alijero de la camisa, consiguiendo por este ingenioso medio servirme de mi paltó como de una blusa.

I al decir esto, Jerardo desabrochó su abrigo, mostrando su pecho desnudo i salpicado de manchas rojas.

—Mirame bien, continuó con cinismo; yo sé que un hombre como tú no se admirará de mi piel, ya que tiene alguna semejanza con la cutis de tu cara.

En efecto, en el rostro de Daniel se veían esas señales indelebles del bebedor consuetudinario.

—Siempre el mismo, se aventuró a decir Daniel con mansedumbre.

—¿Qué quieres? no tengo inclinaciones por la vida de cenobita; Jerardo he nacido i Jerardo he de morir: éste es mi sistema.

Apuró algunos sorbos de aguardiente i continuó:

—Si te empeñas en que dé otra inversión a esta moneda—i señaló la que le obsequiaba Daniel—no tengo dificultad en complacerte. ¿Qué dices?

—Espero tu respuesta.

—Muy sencilla: júgala por mi cuenta a la primera carta.

Daniel movió negativamente la cabeza.

—Perdona, se apresuró a decir Jerardo con su irónica sonrisa; olvidaba que desde hace tiempo llamas la atención con tus extravagancias; has entrado, pues, en el camino del arrepentimiento, mi pobre Daniel? Es inconcebible!... un muchacho de tu talento haciendo voluntariamente un papel ridículo... ¿i qué dice de esto esa querida Albertina? se muestra esquiva o ha dejado entrever, allá en laontananza, la espectral expectativa de un cariñoso beso?

Al oír estas palabras pronunciadas con acento sarcástico i burlón, la fisonomía de Daniel experimentó un cambio súbito i terrible. Se irguió con altivez, i dando un paso hacia Jerardo, le dijo con voz concentrada:

—Miserable! El nombre de Albertina no debe ser jamás pronunciado por tus labios; si descendiendo hasta la familiaridad, es con la condición de respetar recerlos sagrados.... has traído hasta mi memoria el de tu conducta insidiosa i malvada... Muy venerable debe ser para mí aun el nombre de Albertina, cuando no te cruzo el rostro con mi junquillo a pesar de tu degradación... porque mira... yo por ella te he perdonado.

Un relámpago de odio iluminó por un instante la fisonomía de Jerardo; pero ese relámpago fué rápido i efímero como la luz de un fuego fátuo. La agitación que experimentara mientras habló Daniel cedió gradualmente a su habitual indiferencia. Se descubrió con exajerada humildad i preguntó inclinándose:

—¿En qué puedo servir al señor?

Daniel extendió su mano en dirección a una de las puertas.

—Pronto, dijo Jerardo tirando del cordón; siempre estaré dispuesto a obedecer

las órdenes con que el señor tenga a bien hourarme.

Daniel, sin mirarle, entró a pasos lentos en un salon iluminado.

Jerardo se dejó caer en su silla, se encojó de hombros i alargó la mano hacia el vaso de aguardiente.

#### IV.

El salon en que hemos visto entrar a Daniel merece una descripcion especial.

Una mullida alfombra cubria el pavimento, guardando simétricas distancias, varias mesas cubiertas con tapete de seda i sillas al rededor. Pequeñas carlútidés de bronce con sus senos desnudos sostenian candelabros de tres bujías que se mantenian apagadas hasta que los jugadores ocupaban sus asientos. Un inmenso anaque! que se extendia de una a otra de las paredes laterales se veia siempre cubierto con innumerables botellas de variados licores. Las ventanas de la calle, ademas de tupidos transparentes, estaban con sus bastidores i persianas corridas desde las nueve, hora en que se encendia la gran lámpara del centro.

En la parte superior del techo, una claraboya, abierta por su parte inferior, era el único punto de ventilacion de esa pieza constantemente cerrada.

Ahi, tanto los que se entregaban a la bebida como al juego, tenian un asilo seguro hasta las primeras horas de la mañana. Era curioso, pero al mismo tiempo triste, observar las transformaciones sucesivas de esos hombres entregados a su pasion favorita. Una vez formados los partidos, tomaban posesion de las mesas frotándose las manos como gastrónomos que teniendo delante de sí un opíparo festin, se preparan a gustar con entusiasmo de sus placeres. En los preliminares del juego se cambiaban frases políticas i cortesés que cedian pronto a un lenguaje frio e incisivo, concluyendo por groseras interjecciones—Pendiente de las eventualidades de una carta, la fisonomía de esos hombres adquiria una innoble animacion. Aqui un grito de triunfo se mezclaba con la brutal blasfemia de un perdidoso, o un insultante apóstrofe a una alegre carcajada. Jóvenes que en la noche anterior o a la mañana siguiente se hubieran batido por una frase equivoca, soportaban ahora injurias que habrian hecho subir el rubor a las mejillas de un jornalero.

¡Qué importa! estaban en una casa de juego i esas inconveniencias pasaban desapercibidas.

Mas allá, en el mismo salon, las lenguas torpes por el vino modulaban frases incoherentes, i ora se estrechaban las manos personas que se veian por vez primera, ora se provocaban dos amigos con mengua de largos años de íntimas relaciones.

A las dos de la madrugada solo se veia en ese salon ojos ávidos i codiciosos siguiendo el jiro de una carta i el golpe de unos dados; a esa hora los sectarios de Baco movian penosamente sus labios articulando voces ininteligibles; i a esa hora se oían tambien gritos de cólera i horripilantes blasfemias.

Era aquello el tipo de la degradacion i de la infamia.

Arrojemos un velo sobre el espectáculo altamente indecoroso de ese garito en las avanzadas horas de la noche, para hacer entrar en escena a algunos de nuestros personajes.

#### V.

Daniel, como hemos dicho, entró con lentitud en la sala iluminada. Se dirijió a una de las mesas i tomó asiento sin desplegar los labios. Un mozo se apresuró a servirle una botella, dos copas i un naipe.

Daniel contó las cartas, llenó las copas i pareció sumirse en tristes reflexiones.

—¿Ves a ese escéñtrico? dijo un jugador dando con el codo a su compañero.

—¿A Daniel?

—Al mismo; hace algunos años no tenia el café de la Estrella un bebedor mas temerario.

—¿I ahora?

—No se acercará la copa a los labios por todo el oro del universo.

—¡Vaya una rareza! ¿i se saben las causas que han originado este cambio?

—No, al ménos que yo sepa.

—¿Es increíble!...

—Pero efectivo, te lo juro. Desde hace un año lo veo noche a noche como ahora, i mentiria si dijera que alguna vez lo he visto quebrantar su costumbre.

—Puede ser... No obstante, esas copas que ha llenado a su entrada me dan en qué pensar.

—Es justa tu desconfianza; i sin embargo, no tardarás en rendirte a la evidencia.

—¿Sabes lo que creo?

—Dilo.

—Me parece que Daniel no tiene con que satisfacer su vicio, i es mui orgulloso para aceptar una invitacion que no puede corresponder.

—¿I esa botella i esas copas que tiene delante de sí?

—Allá voi: un resto de amor propio, bien fácil de explicarse, lo impulsará a ostentar esa botella, que a favor de ese orijinal procedimiento, por fuerza ha de ser inagotable.

—Te equivocas, Daniel paga como si realmente vaciara su vaso.

—A ser así, no comprendo una palabra.

—Te diré mas: con preferencia fija su atencion en los bebedores; i cuando los cerebros se enardecen con el vino, se sonríe de una manera tan melancólica unas veces, tan sarcástica otras, que mas de una ocasion, a no intervenir su prudencia, habríamos tenido suiza. Sin ir mas lejos, Hernan, colérico la otra noche con una vijilancia tan sostenida i sobre todo con esa sonrisa burlona de que te he hablado, lo provocó con altanería.

—¿I él?

—El le dirijió palabras tan benévolas que Herman cedió como un corcel a la mano de un diestro domador.

—Hernan es principiante, convengo en ello, pero bebe tan de firme que mui pronto aventajará a sus maestros... A propósito, hé ahí que viene.

## VI.

Un jóven vestido con elegante sencillez se presentó en el salon. Rizados cabellos acariciaban sus pálidas mejillas. Su boca sonriente, orlada por un fino bigote, no impedía ver su dentadura color de ámbar debido al frecuente uso del cigarro. Llevaba un cuello vuelto, ceñido con una corbata de color anudada con deseuido, lo que le hacía lucir su garganta mórbida como la de una mujer.

Saludó con desenvoltura i se recostó con indolencia en un sofá respirando con satisfacción.

—¿Te ha fatigado la subida? preguntó uno.

—¿I qué raro sería si es empinada como cuerda de arlequin? Afortunadamente da la viña con que neutralizar sus efectos. Dios me perdone, pero creo que las cosas se

han dispuesto así para aumentar el consumo de los bebedores. — ¡Mozo! ¿no oyes que tengo sed? si habrá que repetirtelo para que lo entiendas...

—Pronto comienza la funcion.

—Nunca es temprano para alegrarse.

—¡Hola! ¿tienes, segun eso, algo que olvidar?

—¡Qué sé yo...! Caballeros, acompañame a la primera copa.

—Eso ya, pero te prevengo que insisto en mi pregunta.

—Es lo único que guardo para mí. Cuando pienso que... ¿no bebemos, pues?

—¿Quién lo duda? nos agradaría si que continuaras tu monólogo; no somos exigentes, como puedes presumirlo, i me parece que reservándote los nombres propios podrías satisfacer nuestra curiosidad.

—¡Vaya un raro empeño! ¿i qué te importaría saber ese incidente de mi vida?

—Suponte, sino otra cosa, el deseo de acortar el tiempo mientras llega la hora de barajar los naipes.

—Sea, ya que lo quieres; pero te advierto, bien poco podrá interesarte.

—Con todo, creo será un antídoto contra el fastidio.

—Comienza por darme vino; no sé por que me horripilan las copas desocupadas.

—Si no es mas que eso, ya están llenas.

Hernan bebió de una vez el contenido de la suya.

Daniel varió de posición en su silla, i se preparó a escuchar con toda atencion las palabras de ese jóven.

## LA PROVOCACION.

### I.

Hace algun tiempo, comenzó Hernan, pasaba por la calle de...., el nombre lo reservo.

—Convenido.

—Pasaba, decía, por la calle de.... en una tarde de estío, cuando elevando al acaso mis miradas divisé uno de esos ángeles que en sus momentos de inspiracion imaginan los poetas, o ven los hombres vulgares en sus horas de fortuna. Reclinada en el alfeizar de una ventana, contemplaba con ojos entristecidos el crepúsculo de la tarde. Sus trenzas de oro, sueltas sobre la espalda, ondeaban acariciadas por el tibio

viento, i sus mejillas levemente sonrosadas parecían haber robado sus trasparentes tintes a los moribundos rayos del sol.

Una débil sonrisa daba una gracia hechicera a sus labios de rosa i una espresion meditabunda a sus ojos color del cielo. Esa jóven, esa niña, porque tendría catorce años, i que a habérmela inspirado mi fantasía lo habría sido con albos ropajes, vestía de negro.

¿Por qué no me dan vino? si los ángeles sufren en este mundo, nosotros, seres miserables, debemos prevenírnos así contra los golpes del destino.

—¿Sufria, pues, esa anjelica jóven?

—¿Lo sé yo acaso? Vestía de luto....algun pesar oscurecía la aurora de su vida.

Hernán alargó la mano a una de las copas i volvió a dejarla vacía.

Los jugadores se estrecharon en torno del narrador por un movimiento maquinal, i Daniel se tocó la frente tan fría como el mármol de la mesa.

Hernán prosiguió:

## II.

No sabré decir el tiempo que estuve admirando a esa jóven. ¿Se siente por ventura el trascurso de las horas en presencia de una vision divina?

Se hacían sensibles a las sombras de la noche cuando el ánjel de los azules ojos se alzó exhalando un débil suspiro.

Otra jóven vestida también de negro avanzó sigilosamente hacia la primera, deteniéndose a algunos pasos. Volvióse aquella con lentitud i las dos mujeres se miraron en silencio.

—«Pensaba en mi padre, madre mía,» oí que decía la jóven rubia como respondiendo a la muda interrogacion de esa mirada.

—«¿Tu padre!» dijo la otra con voz trémula.... Ah! tu padre estará muy lejos, hija mía. La fatalidad interpuso una inmensa distancia entre él i nosotras.»

—«En efecto, varias veces te he oído hablar de ese eterno viaje que emprendió cuando yo era muy niña.»

—«¿I bien?»

—«I bien, yo lo he visto en una noche de sufrimientos i de insomnio.»

—«Siempre esa idea....»

—«Nunca se borrará de mi memoria. Me había recogido temprano porque esperi-

mentaba un malestar indefinible. Después de rezar mis oraciones, apagué la luz i desde ese mismo instante se fijó en mi mente de una manera imperiosa la idea de mi padre.

«Es cierto que te había preguntado por él en la mañana de ese día i que tus respuestas i tus lágrimas me impresionaron dolorosamente.»

«Quise dormir.»

«Me fué imposible.»

«Abandoné el lecho para rezar otra vez, pero pronto me vi precisada a recostarme porque un hielito letal se apoderaba de mí, zumbaban mis oídos i mi cabeza se desvanecía.»

«Creyéndolo una indisposición pasajera, no quise avisarte i luché con los primeros síntomas de la fiebre.»

«Serían las diez cuando sentí que la puerta se abría i poco después pasos que con el mayor sigilo se aproximaban a mi lecho.»

«En extremo debilitada mi cabeza i viéndolo desde hacia una hora cosas tan extrañas, atribuí el rechinar de la puerta a la fuerza del viento i los pasos a una fantástica vision de mi delirio.»

«Yo no dormía, madre mía; sin embargo, vi a un hombre de pie a corta distancia de mí que con una linterna en la mano me miraba con ternura.»

«Yo no tuve miedo, me sonreí como si estuviera bajo el influjo de un delicioso sueño, i cerraba los ojos i volvía a abrirlos, complaciéndose en ver siempre delante de mí esa cariñosa aparición.»

«Una de las veces que se cerraron mis párpados, sentí que unos labios trémulos se posaban en mi frente, i oí una voz conmovida que me llamaba su hija. Yo no sé explicar lo que esperimé en esos momentos; lancé un grito que oíste, madre querida, apresurándote a venir en mi socorro.»

«Te referí lo que había pasado, i aunque sé que tus pesquisas no indicaron que un hombre hubiera estado en mi aposento, yo sostengo aun ser realidad lo que vi aquella noche.»

«Ahora mismo,» dijo la jóven avanzando hacia la ventana, «ahora mismo, al ver el sol ocultarse en la montaña, me decía: talvez como yo i en este mismo instante observa este magnífico espectáculo i piensa en mí como yo pienso en él.»

Aun había alguna claridad i fui sorpren-

dido por esas misteriosas mujeres. La hija bajó sus ojos tñiéndose de carmin sus tersas mejillas, i la madre cerró precipitadamente las persianas.

La vision habia desaparecido del balcon, pero quedaba grabada en mi memoria.

Esa noche llegué tarde al café de la Estrella i me retiré mas temprano de lo que acostumbro.

Esto, mas que todo, os hará comprender que estaba impresionado.

Desde entónces no he vuelto a verla.—Paso repetidas veces por esa calle, i una sola me parece haber visto oscilar una cortina, i una hermosa figura inmóvil al traves de sus ondulantes pliegues. Talvez era una ficcion de mi deseo.

—Yo la amo, i daria la mitad de mi existencia por una de sus sonrisas o por una de sus miradas. Será una locura, aspiraré a un imposible, mas no sé voluntad de resistir a mis impresiones. He jurado dedicar mis pensamientos a la melancólica observadora del crepúsculo de la tarde, i siento algo en mí que mantiene mis esperanzas.

Entre tanto sufro las contrariedades que se interponen en mi naciente amor, pero marche decidido i seguiré invariable, mal que pese al cielo o al infierno.

VALENTIN MURILLO.

(Continuará.)

## CUENTOS DE MI TIERRA.

### PRIMERA SÉRIE.

#### Una pájica de la amistad.

(Continuacion.)

—Realmente, seria la mas imperdonable de las torpezas.

—¿Lo coes así?

—¡Oh! *ma foi*, contestó Luis poniéndose a mano en el corazon.

—Sinembargo....

—¿Qué?

—No seria yo el primero.

—Ni el último.

—Lo que es un auto en mi favor.

—O en tu contra.

—Jeneralmente no es malo lo que la mayoría juzga bueno.

—Argumento de *carneros*.

—En fin, Luis ¿quieres decirme a qué pretendes arribar con tan graciosas conclusiones?

—A salvarte, Remijio.

—No encuentro cómo; digo....de qué.

—¡Ah! no está mal la rectificacion.

—¿Luis!

—Sí, chico, no seas simple; no quieras ocultármelo, porque seria una nueva chapetonada. Estas furiosamente enamorado.

—¿Yo!

—Sí, tú. ¿Podrias negarlo? te faltaria la confianza en Luis? Remijio, soi tu amigo; ha mucho, muchísimo tiempo que estoi acostumbrado a leer en tu corazon como pudiera en mi libro de memorias; no se me oculta uno solo de tus pensamientos, no me es desconocida una sola de tus impresiones. Estas enamorado.

—¿Amigo!

—¿Qué bien suena esa palabra en tus labios, porque lo soi para tí mas de lo que pudiera espresarte! Llámame loco, lo soi si lo es necesario para mantenerme al nivel del mundo; acísame de distraido, pero sin embargo he sabido recoger de tus labios los fragmentos errantes de un canto de amor, pero he podido perseguir la sombra que embellece tus sueños, he visto cargarse tu frente con el peso de la pasion, he sentido deslizarse en tu pecho el áspid del tormento i destilarse en tu seno la hiel de la desesperacion. Remijio, has ofendido la amistad, has sido mui poco franco para conmigo.

—¿Luis! me hacen daño tus palabras.

—Porque la verdad es amarga.

—Sí, amigo; puesto que tal me hablas, seria un crimen negarlo. ¿Luis, amo mucho....i talvez sin esperanzas!

—¿Por qué? la esperanza es el último consuelo de los desgraciados.

—O de los tontos.

—Remijio, ¿tienes confianza en mí?

—Jamás me ha faltado.

—Sinembargo....

—¿Crees entónces que te he ocultado mi amor por desconfiar de tí? No, Luis; lo he ocultado por no confesármelo a mí mismo, porque jamás se evaporara el delicado perfume de mi pasion, por conservar el misterio del mas indefinible delirio, porque hubiera creído profanar su nombre si al-

# LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO III.

Santiago, julio 31 de 1870.

Núm. 148.

## SUMARIO.

Testos de enseñanza primaria, catecismo.  
—El vértigo de un vicio, continuación.  
Los jesuitas i sus detractores, continuación.—Revista bibliográfica.—Poesías.

## TESTOS DE ENSEÑANZA PRIMARIA.

### CATECISMO.

En Chile, donde por carecer de renta i de todo jénero de estímulos, jamás el cuerpo de preceptores puede componerse de obreros que reúnan las condiciones que exige el fructuoso desempeño de tan importante profesion, los textos, al contrario de lo que debiera suceder, desempeñarán siempre el principal papel en la enseñanza. Por consiguiente, ya que por una economía mal entendida i peor practicada se trabaja en condiciones tan desventajasas i bajo un réjimen que hace imposible todo verdadero progreso en la enseñanza, importa sobre manera no crear nuevas dificultades que, en pos de la estagnacion, traigan el retroceso de la instruccion primaria. En mi concepto, el supremo decreto de 18 de abril que ordenó la adopcion esclusiva de ciertos textos para los cursos de las escuelas públicas, figura entre los muchos obstáculos que en Chile se oponen al progresivo desarrollo de la educacion popular, entre las muchas medidas que desde hace tiempo vienen haciéndola bajo diversos pretestos i por diferentes causas.

Desde luego, el decreto designa los mismos textos para las escuelas elementales i superiores, lo que equivale a igualar en éstos i en aquéllos las condiciones de la enseñanza. Mientras tanto, las necesidades de la instruccion, de acuerdo con las disposiciones de la lei, han establecido dos grados mui diversos en esta materia: uno que no salva los límites de lo que absolu-

tamente necesita el niño para poder adquirir mas tarde por sí mismo aquellos conocimientos indispensables en la vida de los pueblos civilizados; otro que ilustra de hecho su intelijencia, que lo eleva a sus propios ojos sobre los que viven en las rejiones de la ignorancia, i que lo habilita desde luego para sacar ventajas positivas de los conocimientos que posea.

Bajo este punto de vista el decreto de 18 de abril es, pues, contrario, no solo a los intereses de la educacion popular, sino tambien a la lei.

Por otra parte, si el esclusivismo no se funda en una superioridad relativaindisputable de los libros privilegiados, no sé que razones puedan justificarlo. A este respecto, son mui dignas de notarse las siguientes circunstancias: mas de uno de los textos adoptados sirve para la enseñanza, no solo en las escuelas elementales i superiores, sino tambien en el Instituto Nacional; i otros repartidos a millares, no suelen tener otro destino que ser consumidos por el polvo i por el tiempo encerrados en los estantes de una escuela. En esto, sinembargo, preciso es confesar que hai un bien. Obligar a los niños a beber las nociones de la ciencia en libros que harian retroceder la enseñanza a una época mui remota al mismo tiempo que renegar de los adelantos consagrados por la esperiencia, no importaria otra cosa que invertir las rentas del Estado en poner rémoras al entendimiento humano. Por consiguiente, menor mal es que ellos se empleen en objetos sin aplicacion, en elementos estériles. Esta es para mí la faz mas importante de la cuestion sobre textos elementales, i por eso deseo tratarla con alguna detencion. Para conseguirlo i poder deducir en seguida las consecuencias que de ella se derivan, preciso es analizar, aunque sea a lijera, los libros adoptados para la enseñanza. Semejante tarea demanda un tiempo de que no siempre puedo disponer, pero que, de cuando en cuando, en vista de su importancia, procuraré consagrarle. Esta vez daré preferencia al catecismo de reli-

fectos de redaccion, ántes que a errores de doctrina profesados por el autor del testo.

Mas nadie negará que para los efectos de la enseñanza, tanto importa lo primero como lo segundo, i que no se puede mirar sino con profunda pena que un libro destinado a la instruccion religiosa, impreso a millares en repetidas ediciones i adoptado *exclusivamente* en los establecimientos nacionales de educacion, contenga las faltas de que he hecho referencia.

Por lo que respecta a los largos detalles en que entra Benitez, inútiles unos, de muy remota utilidad otros, su simple esposicion llenaria muchas pájinas, i me parece mas conveniente omitirla. Baste saber que llega hasta consignar las fórmulas de los sacramentos, sin prescindir ni aun de la prescrita para el de la confirmacion. ¿Qué podrán en algun caso los escolares reemplazar a los señores obispos en sus funciones privativas?

I sinembargo, este catecismo tan estenso en detalles que no tienen interes alguno, i que es preciso hacer estudiar de memoria a los alumnos, carece de nociones cuya importancia nadie puede poner en duda. Asi, por ejemplo, no dice lo que es religion siendo que tiene por objeto enseñarla, ni si hai solo una o varias relijiones verdaderas: tampoco da idea alguna de lo que es dogma de fé, misterio, etc.

Mas ya es tiempo de poner término a este jénero de consideraciones para fijarme en una última circunstancia. Es ella la falta de método que se observa en el libro de que trato. Para penetrarse de esta verdad, basta fijarse en la primera parte o esplicacion del simbolo apostólico. Nada indica ahí, ni al discípulo ni al maestro, las palabras, frases o proposiciones que comprende cada uno de los artículos del Credo: de modo que nunca sabrá distinguir uno de otro (artículo), el que solo haya estudiado por Benitez.

Sobre las verdades sin cuyo conocimiento no puede salvarse el hombre que ha llegado al uso de la razon, guarda completo silencio: en ninguna parte las especifica, en ninguna indica siquiera que no todas las verdades del Símbolo son de necesidad de medio en toda circunstancia; tales omisiones no creo que sean disculpables en ningun catecismo de religion,

cualquiera que sea el grado de instruccion a que se le destine.

Para concluir, paréceme oportuno recordar que si el catecismo de Benitez se emplea hoy para la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, no es ciertamente porque no haya otro mejor de que hacer uso. Ahí está el testo elemental escrito por el prebendado don José Ramon Suavedra i aprobado por la Universidad para la enseñanza primaria; notablemente mas corto que el de Benitez porque no abunda en detalles inútiles, contiene sinembargo, las importantes nociones que éste omite; mucho menos científico i por consiguiente, mas sencillo, es no obstante de una exactitud teológica que, a juicio de los maestros de la ciencia, nada deja que desear, i en cuanto al método, puede decirse que es una obra verdaderamente didascálica.

Santiago, julio 25 de 1870.

PACÍFICO JIMÉNEZ.

## EL VÉRTIGO DE UN VICIO.

(Continuacion.)

### III.

Durante este tiempo Daniel se enjugaba las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente.

—¡Mozo! gritó Hernán. ¿No has visto acaso que nos falta vino?

—¿I no has logrado adquirir noticias de esa jóven?

—Todo se ha reducido a saber que habitaba esa casa una viuda o poco mas o menos con su hija.

—¿Viuda poco mas o menos?

—Su marido hace catorce años partió a Europa i desde entónces no se sabe de él, ignorando yo en estos últimos tres meses la habitacion de mi desconocida, pues se ha mudado sin que yo sepa dónde; creo que me esplico.

—Perfectamente.

—¿Han traído vino?

—Aquí lo tienes.

Hernán se llevó a los labios la copa vacía, i destiló en ella, bebiendo al mismo tiempo, un tercio del licor que contenía una botella. Hecho esto, pasó sus miradas triunfan-

tes como solicitando aplausos por su destreza, i se encontró con la mirada fria i burlona de Daniel que habia logrado reponerse. Esta contrariedad i los vapores del vino exaltaron la bilis de Hernan.

—¿Por qué me mirais así? exclamó con cólera avanzando hacia Daniel; si en noches pasadas fui dócil en admitir excusas, lo hice bajo la intelijencia de que os corregiriais en adelante.

Daniel conservó sin inmutarse la expresión de su fisonomía.

—¿No respondeis? prosiguió Hernan cada vez mas enardecido; ¿de qué proviene esa sonrisa burlona con que acostumbrais regalarme?

I como Hernan llevara su provocacion hasta poner su mano en los hombros de Daniel, i éste se levantara en actitud amenazadora, algunos de los bebedores intervinieron procurando apaciguar los ánimos.

—Haya juicio, señores; lo que ha sucedido no es para llevarlo a esos extremos.

—Prevengo, hijo Hernan con firmeza, que no estoy dispuesto a admitir jestos ofensivos a mi dignidad.

El jugador a quien oímos dar algunos antecedentes de Daniel, le habló al oído; se retiró así que obtuvo una señal de asentimiento.

—Creo que las cosas pueden arreglarse amistosamente, dijo.

—Convengo en ello, repuso Hernan, siempre que ese señor me dé su palabra de no insistir en sus burlas risas, exijiendo ademas como prueba de cumplimiento que vaciemos las copas.

—Nunca, dijo Daniel.

—¿No quereis hacerme el honor de beber conmigo?

—Ni con vos ni con nadie.

—¿Bebeis pues solo, señor puritano?

—Ni aun solo; para lo que me he propuesto tanto daría lo uno como lo otro.

—¿Me permitireis decirlo que vuestro rostro no habla mucho en favor de vuestra continencia?

—¿Caballero...!

—Enfadaos cuanto querais, pero os prevengo que beberemos juntos—insistió Hernan dando traspies.

Luego alzó las copas.

—¿Por qué no accedes? dijo un conciliador; yo creo aceptable la propuesta.

—I en último resultado ¿qué se pide?—

darse el placer de paladear un esquisito vino: a fe que yo no me resistiría.

—Pero yo no lo haré ni ahora, ni nunca!

—¿Estás bien resuelto? preguntó Hernan.

Daniel se encorrió de hombros desdenosamente.

—En tal caso vais a beber de esta manera; es algo orijinal, pero la única, vista vuestra resistencia.

I esto diciendo, arrojó el contenido de la copa al rostro de Daniel.

Se levantó éste como impulsado por un resorte de acero, i apartando con una fuerza hercúlea a los bebedores estupefactos, se acercó a Hernan con los puños crispados. Luego, como si una idea súbita cruzara por su mente, se contuvo i llevó el pañuelo a su cara contraída por una expresión dolorosa. Hernan aun tambaleando a consecuencia de las repetidas libaciones, tuvo bastante enerjia para arrojarse sus guantes a Daniel, diciendo:

—Ahí teneis con qué secaros... mi habitacion en la calle de... núm. 32. Es una casa de huéspedes; vuestros amigos, si hacen antesala, será en el salon del centro, con buen vino i variada compañía si lo desean. No deja de ser comodidad.

Daniel ¡cosa inconcebible! salió sin preferir una palabra en medio de la sorpresa de los jugadores.

#### ENSUEÑOS DE JERARDO.

En la antesala encontró a Jerardo completamente ébrio. El miserable se habia caído del sillón i dormía en una posición violenta.

Daniel lo contempló algunos instantes i elevó al cielo sus ojos empañados por recientes lágrimas.

Es justo, se dijo, hablando consigo mismo. Mañana apuraremos el resto del cáliz.

Se llegó a Jerardo i lo despertó con suavidad.

—Vamos a dormir, le dijo.

—¿Eh! ¿a beber?

—No, a dormir.

—Pero si yo no tengo sueño..., lo que tengo es sed.

—Vamos, Jerardo, yo te ayudaré a bajar la escalera.

—¿Daniel! ¡peros Daniel! yo debo haber dormido, por fuerza. Imaginate que tuve una pesadilla,

—Ya me la contarás en el camino.

—Corriente... espera, espera un momento... olvidaba mi vaso... No sé dónde tengo la cabeza. Imagínate, prosiguió mientras bajaba la escalera conducido por Daniel, imagínate que soñé que te habías disgustado conmigo, con tu verdadero amigo, a propósito de no sé qué tontería. Me equivoqué no hai duda.

—¿Jugaste la moneda que te di? De cierto, pero no me digas aun el resultado, porque hubo ganancia, verdad?

—Trescientos, cuatrocientos, quinientos mil pesos. Eso debe ser. ¡Qué feliz vida voi a pasar! Escucha el plan de un hombre de fortuna, de un hombre que habiéndose acostado pobre, despierta con quinientos mil pesos.

Compró un palacio con ese dinero, i allí en el interior hago construir una pila, una pila, nó, un surtidor... tampoco, eso es una miseria; hago construir un gran estanque de mármol que lleno de ponche a favor de una máquina movida por una fuerza de doce caballos. ¿Te parece bien la fuerza de 12 caballos? Si lo apruebas, lo dejo así establecido, porque, amigo Daniel, yo no puedo olvidar lo que te debo de mi fortuna.

¡I todo se hizo con una moneda de a 10 pesos! ¡qué alegría!

Te decía, pues, que una máquina, provista de útiles adecuados al objeto, tuesta el azúcar i mezcla el aguardiente con agua de goma, dejándolo espumoso.

¿Cómo nos tenderemos de bruces en el brocal del estanque i beberemos sin lograr nunca consumir los oleajes de ese delicioso líquido!

Aquí llegaba Jerardo, tartamudeando su risueña idea, cuando entraron en la covacha que sirvió de alcoba. Daniel le desnudó i se preparaba a marchar cuando le dijo aquél con seriedad:

—¡I mis quinientos mil pesos!

Sonrióse Daniel al oír esta pregunta i se vió precisado a rogarle lo esperara hasta el día siguiente para librarse de sus importunidades.

Al salir de la puerta de calle, Daniel dirigió una última mirada al salón de los bebedores i luego se perdió en las sombras de la noche.

#### LA VÍSPERA DE UN DUELO.

Como lo habia dicho, Hernan vivia en un hotel particular de pensionistas. Varias fa-

milias, sin los recursos indispensables para mantener una casa independiente, moraban ahí, si no con holgura, al ménos con decencia. Si así lo solicitaban, estas personas eran servidas en sus aposentos, escusando de este modo relacionarse con el resto de los huéspedes, lo que explica el que muchos no se conocieran apesar de vivir bajo un mismo techo.

Serian las diez de la mañana del 14 cuando se presentó un individuo preguntando por Hernan, e informado de su habitacion, se dirigió a ella con aire pensativo.

No sin experimentar alguna inquietud empujó la puerta, que al abrirse rechinó sobre sus goznes.

Hernan despertó.

—Qué de mañana te presentas, dijo con perezoso bostezo, imaginando tener delante de sí a uno de los padrinos nombrados para el duelo que debía verificarse ese día como consecuencia de lo ocurrido la noche anterior. ¿Parece que la broma será un hecho, eh?

—Eso dependerá de nuestra entrevista, contestó el desconocido.

Al oírlo, Hernan se incorporó en la cama.

—¿Sois vos, dijo en extremo sorprendido, sois Daniel!

—El mismo.

—A la verdad que no esperaba vuestra visita.

—Debeis presumir que tengo asuntos bien importantes que comunicaros cuando me presento en persona.

—Despues del suceso de anoche...

—Ningun avvenimiento es posible ¿no es esto?

—Es mi opinion.

—Yo creo, no obstante, que las cosas pueden marchar de mui diversa manera.

—¿Tanto confiais en vuestras esplicaciones?

—En efecto, si me concedéis algunos momentos de atencion.

—Estoi a vuestras órdenes, caballero.

—¿Estamos solos?

—Ya lo veis.

—Escusadme estos preliminares—dijo Daniel cerrando la puerta;—lo que voi a decirme me importa que no sea oido por otras personas.

—¿Sabeis lo que pienso?—dijo Hernan con un movimiento desdeñoso de labios—que tratais de intimidarme.

—Nó, a fé; no ha entrado en mi mente idea tan pueril.

—¿Qué pretendéis, entónces?

—Ya os lo he dicho: contaros una historia.

—Sea, dijo Hernan consultando su reloj, aun tenemos sobrado tiempo. He citado a mis amigos para las doce i son apénas las diez.

—Juradme ante todo que no direis a nadie lo que voi a referiros.

—Semejantes exigencias... Considerad, señor mio, que yo no os pido ninguna revelacion.

—Lo sé, i por eso es que os suplico consideréis que mi comportamiento de ayer noche fué bien extraordinario. Me arrojaisteis a la cara el vino de una copa, i añadiendo injuria tras injuria, los guantes no tardaron en seguir el mismo camino. Vos estabais ébrio, si ébrio, i yo, aunque con tiempo para ello, no castigué vuestra temeraria provocacion. ¿Habeis pensado esto, caballero?

Hernan miró a Daniel con curiosidad.

—No es posible me calificarais de cobarde, prosiguió éste, porque un cobarde se habria prevalido de sus incontestables ventajas.

—¿Qué motivos os impulsaron, pues, a obrar de ese modo?

—Un lazo misterioso que existe entre vos i yo.

—Servios esplicaros.

—¿Jurais, segun eso, lo que he tenido el honor de pedir?

—Lo juro, dijo Hernan estendiendo sus manos.

—Haceis bien, jóven; voi a contaros una página íntima de mi vida, i ¡quiera el cielo que el rubor que experimentaré al referiros la i mis sufrimientos de anoche sean el principio del perdón!

#### ALBERTINA.

«Muy temprano me inicié, comencé por decir Daniel, en el camino de un vicio: la bebida. Autorizándola al principio una torpe condescendencia, llegó mas tarde a dominarme con la enerjía de una pasión. Yo ignoraba que, una vez dado el primer paso, no bastarian ni los gritos de la conciencia ni las súplicas de una mujer querida para desviarme de la fatal pendiente. Jóven i rico, imaginé me seria bastante un esfuerzo de voluntad para volver al dorado mundo que abandonaba con mis disipaciones.

¡Triste engaño! ¡sí, muy triste! porque en mi vértigo acibaré los días de un ángel a quien no debí unirme jamás sobre la tierra.

Vais a verlo.

A la caída de una tarde se presentó en mi casa mi prima Albertina con los ojos arrasados en lágrimas. Figúraos la jóven que describisteis ayer en el café de la Estrella, ya que en la edad como en la fisonomía se parecen.

—«Daniel, exclamó estrechándome las manos, yo temo por los días de mi padre.»

—¿Qué ocurre, pues, i por qué tienes ese presentimiento? la dije.

—«El incendio de anoche consumió de una vez nuestra fortuna... Pálido como un cadáver, mi padre llegó diciéndome que estaba perdido. Traté de consolarlo, pero me rechazó. Solo momentos ántes de venir aquí me acarició con ternura pronunciando palabras que me parecieron siniestras, i se encerró en su gabinete con una caja de pistolas. Mira, Daniel, yo no tengo en el mundo mas que a mi padre i a tí... sálvalo si puedes i te deberé mas que la vida.»

Enjuagué sus lágrimas i tan pronto como reuní algunos billetes de banco, corri hácia la casa de Felipe temiendo una locura en los primeros instantes de su angustia. Mi alma no debió estar pervertida porque experimenté una grata satisfaccion a la idea de salvar al padre de mi prima.

Perdonadme si doi principio a mi relacion contándoos un rasgo de jenerosidad.

—Ya os escucho, dijo Hernan evidentemente conmovido con la delicadeza de Daniel.

—«Albertina no se habia engañado: Felipe, no sintiéndose con fuerzas para sobre llevar una vida de privaciones, atentaba a sus días. Al entrar lo vi en una actitud tal que no me dejó duda acerca de sus intenciones.

—«¡Hola, Felipe! exclamé con tono chancero. ¡Estás deleitándote en mirar tus pistolas? ¡Magnífica arma! dije tomándola como para examinarla.

—«Puede ser—exclamó Felipe contrariado con mi visita.

—«¿Tuviste noticia del incendio?

—«Esta mañana... cuando todo estaba consumido.

—«Te acordarias, supongo, de mis consejos para que aseguraras tu alma en?

—«¡Oigan!—dijo Felipe con irónica sonrisa—¿me dabas tú esos consejos?

—«Ya lo creo, una i mil veces.

—«No es raro. Cuando tiene lugar algun siniestro, se multiplican los hombres previosos. ¿No me dijiste tambien una i mil veces que el incendio iba a verme arruinado el día de hoy?

—«¡Calla! para eso se necesitaria ser adivino, al paso que para lo otro un poco de juicio. Vamos Felipe... Conociendo tu resistencia, te inscribí en la casa de seguros de... por valor de 20,000 pesos. Cuando fui a cobrar la cantidad (continué arrojando los billetes sobre la mesa) me dijeron que eras un águila de mucha vista.

—«Entonces—dijo Felipe tornándose en púrpura su intensa palidez—entonces, ¿es verdad que...?

—«¿Que está completa la cantidad? tú mismo puedes verlo.

—«No, Daniel, oye... pero esto es para volverse loco...

—«No te comprendo; tú sabes que no so afecto a las charadas.

—«Si esto es efectivo... porque ¿tú no me engañas...?

—«¿En qué?

—«En la inscripcion en la casa de seguros, porque yo...

—«Pues tú... ¿representas ahora el papel de inocente? Eres propósito, pardiez. Al ver tu cara de papamoscas, te creieran mui sorprendido, cuando estoi seguro de que esta noticia la habrás oido repetir mil veces en el comercio.

—«Daniel, te hablo seriamente, yo te juro que lo ignoraba.

—«Pues entonces—dije a mi vez afectando admiracion—te pido tambien seriamente mil perdones; tú debes haber sufrido de una manera indescriptible creyéndote arruinado.

—«¡Oh! he luchado hora a hora, minuto a minuto, con una letal agonía. Cuando entrabas...

—«¿Que se detiene?

—«Cuando entrabas, pensaba en el suicidio...

—«¿Es posible!

—«No me riñas, yo estaba loco...

—«Si, mui loco, ya que olvidabas a Albertina.

Felipe llevó las manos a su frente i un raudal de lágrimas inundó sus ojos.

Me escurri silenciosamente temiendo nue-

vas preguntas que descubrieran mi noble engaño.

En el pasadizo encontré a Albertina. Me rodeó el cuello con sus brazos i me besó en la frente. Algunas de sus lágrimas humedecieron mi rostro.

Al otro día, en cuanto abrieron la oficina de la casa de seguros de..., me vi con el administrador, amigo mio; le conté lo sucedido i se comprometió a secundar mi mentira.

Apénas habíamos acordado nuestro plan sentimos pasos. No tuve sino el tiempo necesario para esconderme en un gabinete contiguo, porque esos pasos provenian de Felipe.

—«Mui bien—dijo el administrador saliendo al encuentro—con especuladores que se os parezcan, a poco andar quiebran las compañías de seguros. Nos pagan algunos centavos de intereses i nos hacen una sangría de 30,000 pesos!

Nunca llegué a saber si Felipe tuvo conocimiento de la realidad. Me estrechaba la mano con ternura: hé ahí todo».....

Daniel suspendió por un momento su relacion como si le fuera penoso lo que iba a decir. En seguida continuó:

#### EL ÁNHEL BUENO I EL ÁNHEL MALO.

«Días despues encontré a Albertina en uno de los almacenes de música de la calle del Estado. Se acercó a mi con rostro risueño.

—«Mucho tiempo hace que no te veia, dijo. Tentada estoi a veces de juzgarte indiferente a nuestra felicidad, si no hubieras tomado una parte tan activa esa noche inolvidable para mí.

—«No hablemos de eso, exclamé con embarazo.

—«Bien, no hablemos de eso, sobre todo ahora que estoi tan contenta, verdad?

—«Si, mui hermosa i mui contenta.

—«No mientas, Daniel, respondió Albertina fijando en mí sus grandes ojos.

—«No miento. Te he expresado mi juicio con toda sinceridad.

—«¿Quieres ver las piezas que he elegido? Tendré mucho gusto en seguir tus indicaciones.

—«¿Te ha parecido mal, segun eso, la conversacion que iniciábamos?

—«Mal no... tú me comprendes... he pensado tanto en ti desde aquel día, aun-

que al decir de ese día no he sido exacta... No sé cómo explicarme, porque, como eres tú mi único pariente...

Miré con atención esa hermosa niña i una idea súbita i halagüena cruzó por mi cerebro. ¡Talvez me amaba!

—«Albertina—la dije—¿es verdad que te son feasibles mis ausencias?»

—«¿Quien lo duda? querría tenerte siempre a mi lado.

—«I yo seré mui feliz en acompañarte.

—«A ser cierto ¿cuánto gusto me darías! porque una vez alejado de tus amigos... Daniel, dime que no pueden ofenderte mis palabras.

Yo quedé aterrado. ¿Albertina lo sabría todo?

—Oye, prosiguió, sin notar mi turbación, ¿no has visto en esta frente (i levantó el dedo índice a la altura de su sien), no has visto en esta frente, que has besado tantas veces cuando niña, que yo sufría por tí? Ahora es diferente: tú vendrás a verme i entónces... perdóname—se interrumpió de improviso al ver mi intensa palidez—si te hablaba así. Yo no sé... pero te he ofendido sin quererlo.

—No te conservo resentimiento, la dije.

—Pues bien, dime entónces que nunca me olvidarás.

—Te lo juro, respondí, pero tú, Albertina.... Ella se suspendió sobre la punta de sus piés i acercando su perfumada boca a mi oído:—te amaba desde mucho tiempo, dijo; así, pues, no me hago ninguna violencia al cumplir el juramento que ahora anticipo a tus deseos.....

VALENTIN MURILLO.

(Continuará.)

## LOS JESUITAS I SUS DETRACTORES.

### VII.

Es probable que ninguna lei lo diga, pero es indudable que lo dice el sentido comun, que por los delitos de un individuo no puede condenarse a una sociedad, que las faltas de uno de los miembros de una asociación religiosa, civil o de cualquiera especie que sea, no pueden achacarse a los

demás. Solo en virtud de una jeneralización absurda puede deducirse la culpabilidad de una asociación numerosa, de la culpa de uno solo de sus miembros.

Pero, como lo hemos dicho al principio, tratándose de los jesuitas, no hai lei ni derecho que se respete, no se acatan siquiera esos preceptos universales que no son patrimonio de las clases ilustradas i de los pueblos cultos, sino de todas las clases de la sociedad i de todos los pueblos de la tierra. Lo que es i ha sido absurdo en todas partes a los ojos del sentido comun, deja de serlo si se trata de la Compañía de Jesus.

En nuestros artículos anteriores lo hemos manifestado ya. ¿Sostiene un jesuita, único escritor entre centenares de escritores, una teoría errada, absurda, criminal si se quiere? Crimen de la Compañía.

¿Lo rebaten, lo refutan cien otros escritores del mismo Instituto? No importa; la refutación no alcanza a ser mérito i la teoría no deja de ser crimen de la Compañía.

¿Se estravia un jesuita en su conducta privada? Crimen del Instituto, condenación inapelable de la órden toda.

Hé ahí algo que sería realmente inaceptable, si no supiéramos como estravian las pasiones, como ciega el odio, como hacen injustos las prevenciones anticipadas.

En buena lógica i en estricta justicia, los que así jeneralizan el delito, debían jeneralizar del mismo modo el mérito que dan las virtudes. ¿Por qué han de invocarse en contra de la Compañía de Jesus los errores, las faltas, los vicios de uno de sus miembros, i no imputársele a mérito la ciencia de sus innumerables sabios, las virtudes de sus muchos santos, la sangre derramada por sus mártires, apóstoles i civilizadores de naciones bárbaras?

Mas ¿cómo pedir justicia, equidad, verdad, a quienes no se proponen ser jueces sino simplemente difamadores i quien sabe si verdugos?

Hechas estas lijeras reflexiones, vamos a ocuparnos de un hecho referido *in extenso* en el folleto que examinamos i que queremos reproducir aquí para mejor inteligencia de los lectores.

Bajo el rubro de «historia edificante i curioso» se lee en la páj. 57:

# LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO III.

Santiago, agosto 7 de 1870.

Núm. 149.

## SUMARIO.

Las sectas inglesas.—El vértigo de un vicio, continuacion.— Los jesuitas i sus detractores, continuacion.—Poesías.

## LAS SECTAS INGLESA.

### III.

#### LOS METODISTAS.

#### § III.

#### *Los Cristianos Bíblicos.*

La primera vez que oí hablar de los Cristianos de la Biblia (*Bible Christians*), fué en una declaracion hecha ante un tribunal. Un miembro de esta secta habia sido llamado por casualidad a deponer en un sencillo juicio por robo, pero con tan grotescas circunstancias que los diarios de Londres se divirtieron con ello durante muchos dias.

Hé aquí los hechos tales como aparecen de la relacion de los estenógrafos de los tribunales de policía:

M. Ebenezer Choate se dirije hácia el banco de los testigos. Es un hombre alto i flaco, que lleva un levita mui raído, sumamente ancho de espalda i corto de mangas.

Después de haber besado una Biblia abierta, espera, con la cabeza modestamente inclinada que llegara su turno.

—¿Cuál es vuestra profesion?—le preguntó el majistrado.

—Soy una CANDELA DEL SEÑOR, respondió M. Ebenezer Choate levantando al cielo sus ojos bañados en lágrimas.

—¿Cómo? dijo el majistrado inclinándose hácia el testigo, creyendo haber oído mal.

—Soy una candela del Señor, repite el

testigo con una voz gangosa i llena de unción.

El auditorio se sonrió.

—¿A qué *persuasion* pertenecéis?

—A los Cristianos Bíblicos. No se pone la candela bajo un arcaduz sino sobre un candelero para que alumbré toda la casa.

—Tened a bien entonces iluminar la situación.

El metodista depone que conoce personalmente a la querellante, señora Malony, viuda en gracia del Señor, hermana suya en Cristo. Vive en Islington, detras de Essex-road, Irlandesa de orijen, ha criado siempre cierto número de puerco en un corral situado en el fondo de su huerto. El viérnes último, se apercibió de que uno de esos paquidermos habia desaparecido. Sus sospechas recayeron al punto sobre un tal Guillermo Rattan.

Como M. Ebenezer Choate que hace visitas periódicas a su hermana en Cristo, no tardó en saber por ella el robo de que acababa de ser victima. Como celoso ministro que sabe atender tanto a los intereses materiales como a los espirituales de sus ovejas, el Cristiano Bíblico se trasladó a casa de Guillermo Rattan.

Rattan quiso negar el robo, pero habiéndole intimidado el metodista por tres veces para que dijera la verdad so pena de eterna condenacion, Rattan acabó por decir:

—Es cierto, yo he robado el puerco.

—¡Infame! ¿Así robas el pan a la viuda?

—Pero el puerco no es pan.

—¿Podeis tener la sangre fria de chanceros en un momento tan solemne? ¿Qué contestareis cuando en el dia del juicio final os encontréis cara a cara con la viuda i su puerco? ¿Qué contestareis cuando la viuda os acuse?

—¿Decis que el puerco estará tambien allí?

—¡Sí, para confundiros! ¿Qué contestareis a la viuda, desgraciado?

—Es mui sencillo; le diré: «Madre Malony ahí teneis vuestro puerco.»

Posible es que la imaginacion de los

leader tiene una tarea mui árdua. A mas de las exhortaciones, consejos, reproches, etc., debe hacer a sus discipulos las preguntas siguientes u otras análogas:

—¿Creéis delante del Señor en gracia i en ciencia?

—¿Habeis hecho de la Biblia la piedra de toque de vuestra esperiencia i de vuestra conducta?

—¿Está la tierra bajo vuestros piés, el cielo delante de vuestros ojos i Cristo en vuestro corazon?

—¿La palabra de Cristo es el alimento de vuestras almas, la lámpara de vuestros piés, la luz de vuestro camino?

La Iglesia de los Cristianos Biblicos cuenta hoy 253 ministros itinerantes, 1731 predicadores locales, 1953 capillas o lugares de reunion, 26,327 miembros, 8713 monitores de escuelas dominicales i 44,455 niños que asisten a dichas escuelas.

La conferencia ha establecido un *book-room* en Londres con una prensa propia de la cual salen escritos especiales i dos revistas mensuales, *The Bible Christian Magazine* i *The Youths Penny Miscelany*. Tiene igualmente en el Canadá un *book-room* con un periódico semanal i en Australia dos *magazines*.

En Londres no son mui numerosas las capillas; hai solo cuatro, todas en mui mal estado, escepto la de Waterloo-road, recientemente devorada por las llamas i que acaba de abrirse de nuevo al público. Si insisto en este detalle, es porque he asistido el 20 de febrero de este año (1870) a la ceremonia de inauguracion i porque las capillas disidentes se hacen notar por su fealdad pero la de Waterloo-road es una de las mas bonitas que se puede imaginar. Uno se cree en un teatro mas bien que en una capilla.

El fondo está pintado de azul claro. No hai púlpito sino un gran tablado que ocupa todo el fondo de la iglesia i desde el cual comienza una rampla como la de las salas de espectáculo de los teatros. No falta mas que un telon para completar la ilusion. Al pié del tablado se divisa un harmonium. Se le vé, está allí i nada mas.

La ceremonia a que asistí no tenia nada de particular. El servicio religioso se celebró allí como en la mayor parte de las iglesias metodistas. La única diferencia que observé fué que el predicador no estaba revestido de traje talar, lo que supongo

será una costumbre jeneral entre los Cristianos Biblicos, porque no he visto entre ellos a ningun oficiante con traje eclesiástico. El predicador no era otro que el *conexional editor* del *book-room*, el reverendo W. Bourne.

No he hablado de la doctrina de la secta biblica, porque ella no difiere de los principios wesleyanos. Culto, agapes, clases etc. etc. están vaciados en el mismo molde.

Señalemos, sin embargo, una diferencia enorme, prodijiosa: los Cristianos Biblicos reciben la comunión sentados i no de pié «porque Jesucristo comulgó en esa posicion.»

Otro rasgo característico de los Cristianos Biblicos es que permiten predicar a las mujeres, a imitacion de los metodistas primitivos, de que nos ocuparemos en el próximo artículo.

JUAN HARLEY.

## EL VÉRTIGO DE UN VICIO.

(Continuacion.)

### II.

A mi salida encontré a Jerardo, el calavera mas insigne que haya conocido.

Este hombre se hacia admirar de sus amigos.

En casos de juego ninguno como él aventuraba mas gruesas sumas con una envidiable volubilidad; nunca conoció rival en la bebida, i en reuniones de jente alegre eclipsaba por mil expedientes que le eran característicos para mantener la animacion, i por esas maneras fáciles e insinuantes que dejan adivinar al hombre de mundo en las sociedades de buen tono.

Habia llegado a dominarme.

Por mucho tiempo estudié los medios de imitarle, i como lo consiguiera, me resigné a ser su segundo, halagándome las frecuentes distinciones que hacia de mi.

—«En hora buena, dijo al divisarme. Vengo de tu casa i me paseaba aquí, solo con la esperanza de verte.

—«¿Qué tenemos de nuevo?» preguntó tratando de dominar el sentimentalismo

que me produjeron las palabras de mi primo.

—«Una diversion extraordinaria. A última hora he resuelto celebrar el cumpleaños de Sensitiva.»

Sensitiva era una muchacha llamada así, porque, al tocarla, sus nervios sufrían una contracción parecida a la de la flor que lleva su nombre.

—«Al decirte, prosiguió Jerardo «que esta diversion la he resuelto a última hora, debo agregarte que todo está dirigido i preparado por mí. Tú, mi querido niño, como otros amigos de confianza, serás admitido al festín, siempre que te sometas a las siguientes condiciones:

Art. 1.º La reunión tiene lugar a las 10 de la noche i no podrá dispersarse bajo ningun pretexto antes de las 5 de la mañana.

Art. 2.º Una vez en la mesa, se observará este sistema: plato comido, vaso bebido.

Art. 3.º Será permitida la libertad de accion i de pensamiento.

Permitidme guardar silencio, dijo Daniel despues de algunos momentos de vacilacion.

Jerardo, frotándose las manos como hombre satisfecho de sí mismo, exclamó:

—«¿Qué tal? ¿Nos divertiremos? Hé aquí lo que tenia que proponerte.»

Fluctuando, no por los placeres que podía aguardar de esa orjia, sino por el temor de desairar a un amigo como Jerardo, pasando por un pobre calavera a sus ojos—porque el vicio tiene su orgullo—i la tranquila vida que me dejara entrever la posesion de Albertina, contesté ensayando un principio de resistencia:

—«No estoy dispuesto a someterme a esos artículos.

—«¿A cuál de ellos? Sé que eres un muchacho de gusto, i no seré terco para modificar algo, segun tus indicaciones?

Esta respuesta aumentó mi perplejidad.

—«No me has comprendido: encuentro irreproachable tu programa.

—«¿I entonces...?

—«Me es imposible acompañarte.

—«¿Por qué?

—«Tengo otros asuntos a que atender.

—«Se postergan un dia, dos, si es preciso.

—«La cosa es urgente.

—«Tanto peor para los perjudicados ¿quién es ella?

—«No se trata de una mujer.

—«Mejor que mejor; si no se trata de una mujer, no tengo remordimientos para empacuetarte en un carruaje i conducirte por fuerza. He resuelto pasar un rato agradable i esto no estaria completo si tú faltaras.»

No hallé palabras con que disculparme i no resistí por mas tiempo.

Otra vez, dije entre mí buscando una excusa a mis propios ojos, otra vez sabré oponerme con invariable enerjia. Esta bacanal será la última, será el adios a mis bajas diversiones.

Como veis, procedia como esos hombres que antes de entrar a recojimiento apuran sin freno su pasion favorita, para ir dias mas tarde a arrodillarse a los piés de un confesor.

### III.

Serian las 6 de la madrugada cuando, hartos de vino i de lujuria abandonamos esa casa maldita. Caminábamos a pié sosteniéndonos mutuamente porque ningun carruaje se nos habia presentado hasta entonces para ocultar nuestros excesos a la vista de los admirados transeuntes.

Algunos se sonreian al vernos i por esta causa sostuvimos algunas pendencias que nos pusieron en mayor exhibicion. Las mujeres que se dirigian a la iglesia o iban al mercado evitaban nuestro encuentro cambiando de acera. Cerca del Carmen divisamos a dos que cubiertas con sus mantos no habian reparado en nosotros. Tan luego como nos vieron, la que marchaba adelante apresuró el paso, i la otra corrió a detenerla, esforzándose, a lo que comprendí, por hacerla variar de camino.

—«Tercera salió la niña, dijo Jerardo al ver sus ademanes.

—«¿Maldita bruja! ¿por qué no la dejará hacer su gusto?—exclamó otro—Así pasará a nuestro lado i podremos ver si es hermosa o fea.

En esta lucha se corrió el manto la mujer que insistia por seguir adelante, i con indecible sorpresa reconocí a Albertina. A Albertina que marchaba al templo a la misma hora que yo regresaba de una orjia!

Libre de las importunidades de la sirviente que queria detenerla, avanzó sin

intimidarse por entre esos rostros avinados.

Yo, de pié i vacilante, me apoye en la pared comprimiendo con una mano los latidos de mi corazón.

—«Es hermosa, palabra de honor—decía Jerardo haciendo esfuerzos por mantenerse inmóvil—Daniel, amigo mío, comprendo tu conmoción porque estoy como tú, nada menos.» I haciendo eses, se afirmó pesadamente en la muralla para dar paso a mi desgraciada prima, cuyas relaciones i parentesco él ignoraba.

—«Vé, dijo, tocándome por el codo, en lugar de intimidarse como las viejas que hemos encontrado, se sonríe de una manera... de una manera que no sé calificar.»

Albertina en ese instante se enfrentó con nosotros. Dirigióse a mí con rostro anjelical i risueño, i estrechándome las manos exclamó:

—«Daniel, mi querido Daniel, yo no estoy enfadada contigo. Bien sé que una costumbre no se abandona en un día.

Por un movimiento maquinal caí de rodillas.

Sin atender a mi repugnante aspecto i a mis amigos que en silencio presenciaban esta escena, rodeó con uno de sus brazos mi cuello, procurando sacarme de esa actitud. Como yo me resistiera, acercó sus frescas mejillas a las mías i me dijo con voz suave i persuasiva:—«Retirémonos de aquí, Daniel, yo te lo suplico. En un momento mas se formará un corrillo de curiosos i no quiero que te vean en este estado...»

Embargado por la emoción, no pude articular una palabra. Albertina hizo detener un coche i me acompañó hasta la portezuela, diciéndome mientras andábamos:—«Apóyate en mí, Daniel; tengo fuerzas suficientes i tu indisposición es insignificante.»

En lugar de acriminarme, Albertina, como lo habeis oído, me disculpaba!

Al subir al carruaje la dirigí la palabra en estos términos:

—«Si apesar de mi conducta odiosa i despreciable te merezco algun cariño i crees en mis juramentos, mañana...»

No alcancé a decir mas: Albertina comprendiendo el jiro de mis frases, hizo señas al cochero, quien inmediatamente azotó los caballos. ¡No creía en la sinceridad de mi arrepentimiento o procedió así por rehuir

una declaración de esa naturaleza en momentos de embriaguez? Esto reflexioné al partir del carruaje i aun tuve tiempo para ver a Albertina con su rostro inundado de llanto, i a Jerardo que exclamó:

—¡Magnifico! la función concluye con un golpe teatral; ¡pero esa mujer me ha cautivado, palabra de honor!

#### LA AURORA DE UNA NUEVA VIDA.

Cuando desperté de un prolongado sueño i vino a mi memoria el recuerdo de las pasadas escenas, comprendí lo abominable de mi conducta. Ese aliento virjinal que respirara de vuelta de una orja me quemaba la frente.

Medité con la tranquilidad posible, pesé, por decirlo así, las probabilidades de sus traerme al vicio que me dominaba.

Creí que Albertina era mi único recurso.

Sin pensar en las fatales consecuencias de esta union, tomé mi sombrero i me dirigí resuelto a la casa de Felipe.

Me recibió Albertina con su cara risueña i como si hubiera olvidado los sucesos de la mañana.

—«¿Por qué te detienes?—dijo al verme vacilar—¡Ah! ya comprendo: te debo parecer horrible con mis cabellos en desorden i mi traje de casa. ¿Qué quieres! me he ocupado de un arreglo importante i por eso estoy como ves. Pero no importa; seré tan amable que confío en hacerte olvidar mi fealdad.

—«Albertina, la dije sin poder contenerme, lo que veo es que eres una creatura adorable. Despues de...

—«Si verdaderamente estoy adorable, siéntate a mi lado i pruébame lo con una larga visita.

Me senté conmovido.

—«¿Está en casa Felipe? pregunté.

—«¿Con qué gravedad lo dices!

—«En efecto, tengo que hablarle de asuntos de suma importancia.

—«Convenido, cada cosa vendrá a su tiempo.

—«En la mañana de hoy...

—«Otra vez? hablemos del presente, si gustas, querido primo.

—«Es que el presente tiene íntima relación con el pasado.

—«No será dable separarlos?

—«Estrechamente unido está lo uno con lo otro.

—Siendo así, te escucho, dijo Albertin con seriedad.

La manifesté mi invariable propósito i mis gratas esperanzas; las dulzuras de una vida apacible, mi reconocimiento i mi felicidad al ser rejenerado por un ángel.

¡Albertin me aceptó por compañero de su suerte....!

—Yo decia entonces la verdad, interrumpió Daniel con exaltación—mis ilusiones i mis proyectos eran sinceros. Miserable! confié en el arrepentimiento de un solo día para arrancar el *si* al ángel mas puro que haya puesto su planta sobre la tierra. ¿Dónde estaba mi juicio i el resto de honradez que en ese entonces debió existir en mi corazón? Ah! mui tarde he conocido mi temeridad, mui tarde he comprendido que, egoísta i pretencioso, no miré otra cosa que la celestial belleza de Albertina i mi sola i mi única felicidad. Si, yo no pensaba sino en mis goces, no pensaba sino en los momentos en que, delirante de amor, pudiera estar a los pies de la que iba a ser mi esposa, besando sus rojos labios en íntima familiaridad.

«Yo no preví que esos labios pudieran tornarse mustios i pálida su frente i extinguirse su risa seductora.

«Yo no preví que al despertar de ese delirio mis pasiones recobrarían su imperio instigado por mi eterno tentador, por un infame amigo, por un ángel malo.

«Yo no preví que las lágrimas del sufrimiento pudieran asomar día a día a esos ojos de un azul mas cándido i mas puro que el del cielo.

«Yo no preví que una noche pudiera llevar mi vértigo i mi brutalidad hasta manchar con mano impia ese rostro risueño que me miraba con dulzura, cuando ¡insensato! ni aun sus cabellos, sus pies únicamente, debí besar como a los de una diosa.»

—Reponeos, amigo mio, exclamó Hernan asustado con la febril i creciente exaltación de Daniel; si en los trasportes de vuestra locura producida por el vino habeis cometido faltas, el dolor i el sufrimiento os han rejenerado

—¡El sufrimiento! ¿vale acaso una sola de las lágrimas de un ángel la larga vida de expiación de un hombre perverso i corrompido? El sufrimiento! nunca será suficiente para castigar mi crimen; nunca, por largos años que viva sobre la tierra, podrá

reparar las tristes consecuencias de mi infamia!

Yo he muerto para Albertina, he muerto, ésta es la palabra!

Pero suponed que su induljencia sin límites tuviera aun para mi una mirada cariñosa ¿qué pudiera en cambio yo ofrecerle?—Un corazón corroido por el vicio, un corazón escéptico i marchito i un recuerdo de intenso dolor: ¡hermoso presente para coronar una mártir!

—¿Dónde hai vino?—esclamó de improviso Daniel alargando sus manos.

Luego sonriéndose por ese movimiento instintivo del hábito cuyas raíces no habia logrado extinguir, las retiró con lentitud perdiéndolas en su pecho. Hernan no percibió ninguna alteración en el semblante de Daniel, pero vió con increíble sorpresa que en su camisa aparecían manchas de sangre. El desgraciado para castigarse habia hundido las uñas en sus carnes con bárbara crueldad. Esto, no obstante, pareció volverle su perdida calma.

—Voi a continuar, dijo, el hilo de mi narración.

### III.

Los tibios rayos de un sol de primavera descomponían con los brillantes colores del prisma las gotas de rocío que humedecían los cálices de las flores. Albertina, vestida de blanco con su corona de azahares i su velo virjinal, marchaba pálida pero risueña hacia el oratorio en que debíamos prestar nuestro juramento. ¡Infeliz! no sabia que se encaminaba al lugar del sacrificio! Una escasa concurrencia asistía a esta ceremonia. Yo recojía ávido las exclamaciones de sorpresa que arrancaba la ideal hermosura de Albertina. Nada podía serme mas grato en esos momentos. Llegó el acto de la bendición; Albertina me miró con una timidez i una vacilación como jamás notara en ella. ¿Era acaso el anuncio de seres invisibles pronosticándole su desgracia?—Pronunció, sin embargo, afirmativamente sus respuestas al sacerdote.

¡Estaba ya para siempre unida a mi destino!

Al salir del oratorio se echó en mis brazos i ocultó su rubia cabeza en mi pecho i sollozó.

—«Padre mio, dijo tendiendo sus manos a Felipe sin abandonar su posición, bendecidnos.»

Luego, como si hubiera cobrado energía, se alzó radiante i enlazando su brazo con el mio me obligó a andar.

—«Si alguna vez te causara algun pesar—me dijo—perdóname, Daniel. Es mi intento realizar tus esperanzas i tus ensueños....; somos frágiles....; el amor que todo lo vé al traves de la indulgencia, es lo único que puede abrírnos las rosadas puertas de la aurora.

—«La desgracia, contesté será para nosotros una palabra sin sentido. Nunca se nos ocultará en el mundo el sol de la felicidad.

El ángel desconfió porque sus piés pisaban la tierra miserable.

El hombre con el orgullo de su raza alzó la cabeza creyendo dominar el tiempo i asirse de la eternidad.

El ángel derramó lágrimas i el hombre prodigó sus sonrisas.

El ángel bajó sus miradas a la tierra i se replegó sobre sus alas porque sintió frío; el hombre elevó las suyas al cielo i aspiró el perfume de una atmósfera desconocida.

#### IV.

«Un mes pasé suspendido entre el cielo i la tierra.

La pureza i el virjinal amor de Albertina parecían haberme rejenerado. Fueron esos los únicos momentos felices de mi vida.

La realidad habia superado a mis esperanzas. Al fin de ese mes dije: quiero ver nuevamente el mundo para contrastar mi felicidad con los vanos placeres que puede ofrecermé. Al hacerme este raciocinio, mentía. La verdad era que mis pasiones adormecidas volvían a despertar i yo experimentaba su letal influencia. Comprendiéndolo, aunque de una manera vaga, me estremecí; pero el vicio mismo no tardó en sugerirme ideas para aquietarme.

«¿Qué voy a hacer en último resultado?—reflexioné.—Pasar una hora lejos de Albertina, solo una hora. A mi vuelta la encontraré mas enamorada i yo habré apurado placer sobre placer. Sin duda que esto no puede afectar en nada mi dicha presente. Por otra parte, Albertina deseará pasar sola algunos ratos i yo voy a proporcionárselos con mi salida.»

No os admireis de que abandonara el cielo para descender a la tierra. Existe siempre en el corazon del hombre un principio de inquietud que golpea a las puertas de

nuestra alma aun en los momentos de intima alegría. Se resiste a las primeras insinuaciones, pero al fin cedemos i marchamos al acaso. ¿Se ha calmado nuestra inquietud? No, i por lo tanto, volvemos a salir en busca de novedades.

No os fijeis en mí, suponed a otro en idénticas condiciones, como yo amado, como yo apurando hasta el delirio las heces de un virjinal amor... No extrañéis si abandona su retiro. ¿Adónde va?—Dejadlo. Obedece a una lei de la naturaleza grabada en las puertas del paraíso. Fuera del recinto de la mujer amada no hallará esos placeres, él bien lo sabe, pero avanza impulsado por su destino i quizas esclamará en un arrebato de vaga melancolia: la plenitud de la felicidad es una quimera.

Mirad, si a los hombres les fuera dado bajar del cielo, descendiendo algunos escalones para echar una mirada curiosa sobre el mundo, esta mirada los perderia.

Esto fué precisamente lo que me aconteció. Agregad tambien mi infame vicio i comprendereis mi desasosiego i mi inquietud.

#### NUBES EN EL HORIZONTE.

—«Albertina, dije, al caer de una tarde, voy a dar una vuelta por el comercio.

I como me mirara con zozobra.

—«Mi ausencia será corta,» añadí.

Albertina, asiéndose de mí, exclamó:

—«Pues entónces, apresurate a volver: asi tu regreso será mas pronto.

—«¿Cómo quieres que lo haga si me detienes?

—«¿Qué ideas las tuyas, mi querido Daniel!—dijo dando libre curso a su hilaridad—¿yo te detengo?—i estrechó mis manos con mayor fuerza.

Luego, con una volubilidad encantadora se alzó de su asiento i apoyando sus brazos en uno de mis hombros se acercó a mi oído diciéndome con acento casi ininteligible:

—«Me recordarás en tu ausencia?

—«Ya lo creo.

—«Mas bajo ¿a qué viene gritar ahora?

—«Si apenas te he hablado con mi voz natural.

—«Chitt—dijo, apoyando su dedo índice en mis labios—¿dijiste que te acordarias de mí?

Hice una señal afirmativa.

—«¿Mucho?—insistió ella.

Repeti mi insinuacion.

—«Pero entónces ¿me voi a ocupar yo aquí de lo que tú allá?

—«Así parece.

—«Me agrada infinito: ya puedes partir mi adorado Daniel.»

No estrañéis que recuerde los menores incidentes de estas agradables horas; ellos han quedado grabados en mi memoria porque lo que se siguió despues... ¡Ah! lo que despues se siguió es bien infame. Al recordarlo, un amargo sentimiento se apodera de mí i me creo maldito para siempre.

## II.

«En una de las avenidas del Pasaje divisé a Jerardo. Un resto de mis buenos propósitos me impulsó a huir de él como de un enemigo. No tuve, sinembargo tiempo para ello. Jerardo me vió i se vino a mí con los brazos estendidos.

—«Qué alegría experimento al verte, mi querido niño, exclamó; en estos últimos tiempos he estado como si algo mui importante me faltara i ese algo eres tú. Encuentro ahora mi Pilades i vuelvo a la plenitud de la vida. No creas que voi a cometer la niñería de reñirte por que no me invitaste a tu casamiento, nada de eso: lo encuentro mui razonable porque no olvido la escena que tuvo lugar en las gradas de una iglesia, i sé que tu esposa me habria mirado con prevencion. De lo que no te podrás excusar es de beber una copa conmigo por su felicidad.

Esta manera de proponerme la ocasion de satisfacer mi vicio me arrancaron los últimos escrúpulos. Nos dirijimos a un hotel i destapamos una botella. Me encantó su vista i me embriagó su delicado aroma. Bebí con ánsia, con frenesí i no saciándome, pedí otra nueva botella, sirviéndome de pretexto el nombre de Albertina para continuar mis libaciones.

—«Tú eres un amigo incomparable—decia a la hora despues a Jerardo en el co'mo de la alegría—no sé cómo he podido olvidarte.

—«Si me prometes variar en lo sucesivo...

—«Venga esa mano; tú sabes que sé cumplir mis juramentos.»

¡Miserable! olvidaba que en esos mismos instantes quebrantaba otro mas sagrado!

—«Sé que sabes cumplir tus juramentos.

—«Pues te juro no serte mas ingrato.

—«Bebamos, entónces, porque hagamos honor a tu palabra.

—«Bebamos porque nos reunamos aquí mañana, pasado i siempre. En las primeras horas de la noche los placeres del vino, mas tarde las caricias de una mujer...

I bebi i bebi hasta embriagarme.

¡En mi primera salida! ¿Qué os parece?»

—I decidme, preguntó Hernan: ¿Jerardo os amaba, efectivamente con ese entusiasmo?

—Jerardo era un miserable. Despues, aunque mui tarde, supe que mientras yo dormia debajo de una mesa, Jerardo solicitaba los favores de mi Albertina...; mui tarde lo supe, porque cuando corri a pedirle satisfacciones, pobre ya i embrutecido por la bebida, me respondió con cinicas i estúpidas palabras.

Estampé mis dedos en su cara i solo conseguí producir en él los terribles síntomas del *delirium tremens*.

—Jóven, dijo Daniel dirijiéndose a Hernan con acento persuasivo, Jerardo es el hombre que habeis visto en la antesala de las habitaciones reservadas del café de la Estrella.

—¡El, Dios mio!

—El, i fué jóven como vos i era seductor i rico; miradle, ahora difícilmente hallareis un ser mas degradado.

Vos estais en la pendiente, el vértigo del del vicio sopla a vuestro lado haciéndoos vacilar. No suceda que al querer deteneros sea tarde. Un paso mas i caeis en el abismo.

—Hernan se estremeció.

VALENTIN MURILLO.

(Continuará.)

## LOS JESUITAS I SUS DETRACTORES.

### VIII.

Leemos en la página 18 del *Código de los Jesuitas*:

«Los jesuitas hicieron voto de pobreza; i en 1753 la bancarrota del padre Lavallette dió a conocer a la Europa su mercantilismo, riqueza i mala fé.»

La misma táctica de siempre. Se cita un

---

# LA ESTRELLA DE CHILE.

---

AÑO III.

Santiago, agosto 14 de 1870.

Núm. 150.

---

## SUMARIO.

---

Libertad de enseñanza. — La imprenta. —  
El vértigo de un vicio, continuacion. —  
Los jesuitas i sus detractores, continuacion. — Poesias.

---

### LIBERTAD DE ENSEÑANZA.

#### I.

Inesplicable parece a primera vista por qué, en un pais tan celoso por sus libertades como el nuestro i que ha sabido ir conquistándolas todas, ha habido una que se ha escapado a su celo i que hasta hace poco ninguna voz se ha levantado a reclamar: la libertad de enseñanza. I ello se hace tanto mas incomprensible cuanto son mas resaltantes los caracteres de injusticia i absurdo con que se presenta el monopolio oficial en la enseñanza.

La política, entendida en su mas deplorable estrechez, traducida en la lucha diaria i ardiente de los bandos disputándose el supremo predominio, en oposicion o adhesion sistemática a los gobiernos i en el empeño de mantenerse éstos en el poder contra viento i marea, ha absorbido la atencion pública de tal suerte que no le ha permitido fijar su mirada en gravísimas cuestiones de trascendental influencia en el porvenir. Hé ahí, a nuestro humilde juicio, la causa de que el mal no se haya remediado mucho há.

La instruccion pública presentaba un ancho campo que los gobiernos podian explotar para crearse en él elementos de poder, para organizar algunas prebendas con que atraer, conservar o recompensar partidarios. Los gobiernos cayeron en la tentacion i de ahí el monopolio, la enseñanza oficial.

Había quienes tenían interes o simplemente placer en hostilizar a algunos de los que en Chile se dedican a la educacion de

la juventud. Había quienes querían verlos oprimidos, sin libertad de accion, sin personalidad i, por consiguiente, casi reducidos a la impotencia. I esos tales secundaron la obra de los gobiernos, i los arrastraron a invadir cada dia mas terreno en la libertad de enseñanza.

Por una parte, la funesta propension de los gobiernos a avanzar en el terreno de las libertades públicas, las malas disposiciones de algunos, que no eran gobierno, pero que en mala hora se puso al frente de los negocios de enseñanza, i por otra, la falta absoluta de vijilancia de parte de la opinion pública han contribuido a crear para la educacion nacional la triste situacion que ahora lamentamos.

Hai ramos en que la accion gubernativa es órden, tranquilidad, solidez, garantía; pero hai otros en que la mano oficial esteriliza, embaraza i estagna. I, si hai algo que quiere aire libre, espacio, es indisputablemente la intelijencia en su doble manifestacion de enseñanza i aprendizaje.

La enseñanza está en Chile llena de trabas, a cual mas injusta i perjudicial, gracias a la intervencion gubernativa.

#### II.

Afortunadamente parece que vé acercarse ya la hora de su redencion.

Las primeras voces que se alzaron a pedir libertad de enseñanza i que, para gloria de *La Estrella de Chile*, partieron de sus columnas, han tenido eco en el seno de la representacion nacional. El simpático diputado por Vallenar, señor Walker Martinez se ha hecho el intérprete de las aspiraciones del pais dando en el Congreso el primer paso positivo i eficaz en favor de la educacion libre.

Esta iniciativa ha tenido buena acogida; parece que en poco tiempo mas será una realidad la idea que ha acariciado mas de uno de los colaboradores de este periódico.

No hablamos, pues, de un asunto nuevo para nuestros lectores. Apenas harémos

El primer procedimiento que emplearon fué el de grabar los caracteres de las letras en planchas de madera, tales como las que ahora se usan para los dibujos. Por este sistema se hicieron naipes i estampas de santos.

Fabricaron despues caracteres de madera movibles. Este sistema llamado *xilografía* fué pronto desechado por moroso i por lo difícil que era pulir cada letra, i darles a todas dimensiones proporcionadas.

El tercer procedimiento fué el de fundir los tipos en moldes de metal, llamados matrices, i que es el que actualmente se emplea, notablemente perfeccionado.

Con este último progreso, quedó ya definitivamente conquistado en favor de la propagación de las luces el mas poderoso agente que se haya podido idear. La palabra, reproducida en millares de hojas, con la celeridad mas asombrosa, salva ahora las barreras del espacio i del tiempo. El pensamiento que concibe un hombre en una rejion de la tierra, circula multiplicado por todo el orbe i la posteridad lo recibe intacto i fiel. La gloria de los jenios no queda encerrada en un pais ni en una época, se estiende a todos los paises i a todos los tiempos venideros. El bien i el mal tienen en la imprenta un agente poderosísimo: con igual velocidad, con igual universalidad propaga la verdad i el error, lleva a todas las almas buenas o malas semillas.

La obra de los fogosos reformadores del siglo XVI que, sin la imprenta, hubiera muerto talvez en el reducido teatro de sus declamaciones i sus excesos, tomó con el auxilio de ella, colosales proporciones.

Por cierto que en la prevision del inmortal inventor de la imprenta no habian entrado tamaños males. El habia ofrecido a su religion las primicias de la obra de su jenio: la Santa Biblia fué el libro que salió de las primeras prensas. La palabra de Dios fué la primera que reprodujeron los tipos en 1450. El Salterio de David siguió a la Biblia. I de ésta última se hicieron 299 ediciones en cuarenta años.

Todas las naciones de la tierra se apresuraron a implantar la imprenta en su seno. En cuarenta años la tenian ya Alemania, Prusia, Italia, etc. En ese mismo espacio de tiempo se habian hecho 15,000 impresiones de diversas obras en las diferentes lenguas.

La Alemania dió a los libros las formas de in 4.º e in 8.º mas adecuadas que la forma in folio.

Aldo Manuzio, italiano, inventó los tipos de forma itálica i los substituyó a los de forma redonda que casi siempre eran sin elegancia i sin simetria.

Poco despues se aplicó a la imprenta el papel de colores, valiéndose al principio, del papel azul que hasta esa época habia sido un secreto de los holandeses.

Progresivamente fué perfeccionándose la impresion de las obras, por el uso de los registros para los libros, despues por la compajinación, las llamadas, las prensas mecánicas i, por último, por haberse aplicado el vapor a éstas, con lo que se consigue imprimir millares de hojas en una hora.

En cuanto a la estension que ha tenido la imprenta, se sabe que Guillermo Penn la introdujo en Pensilvania a mediados del siglo XVII i que en Méjico existió al poco tiempo despues.

La América del Sur ha sido la mas tardia en gozar de sus beneficios. El imperio del Brasil veia su primera impresion el año de 1808 i Chile el año de 1813.

En esa época residia aquí don Mateo Arnaldo Høvel, ciudadano sueco, a quien venia consignada de Nueva-York la goleta «Wallerray» que traia la imprenta que dió a luz *La Aurora*, redactada por Camilo Henriquez.

ALVARO B. COVARRÚBIAS.

---

## EL VÉRTIGO DE UN VICIO.

(Continuacion.)

### III.

«Volví a casa sosteniéndome en las paredes, me pareció ver luz en el dormitorio de Albertina i me detuve por un movimiento maquinal. ¿Cómo presentarme a ella en ese estado? Resolví arrostrar las consecuencias i avancé hasta la puerta. No divisé luz, talvez me habria engañado.... solo sentí un lijero roce como el de una persona que se desnuda. Empujé la puerta i me acerqué al lecho de Albertina.... percibí su respiracion igual i tranquila.—¡Me

habría equivocado por segunda vez? ¡Ese ruido era ilusorio como la luz?—Me acosté en silencio.

A la mañana siguiente Albertina se excusó a sí misma prodigándose caricias sobre todo a la caída de la tarde. Fluctuó largo tiempo entre salir o quedarse. Mi palabra empeñada por una parte, i las atenciones de Albertina por otra, me colocaban en una situación penosa.

En fin, haciendo un esfuerzo, la dije que salía i sin esperar respuesta tomé mi sombrero. Jerardo me esperaba con una provista mesa i nos entregamos a la bebida i al juego. Gané una fuerte suma i me levanté a las tres de la mañana ofreciéndoles desquite para la próxima noche. En casa hallé a Albertina acostada, pero la luz ardía sobre su velador. La apagué al desnudarme i me dormí tranquilo.

Al despertar Albertina me propuso un paseo.

—«Lo acepto, dije, siempre que estemos de vuelta a las siete de la noche.

—«Precisamente a esa hora quería yo emprenderlo.

—«Entonces es imposible.

—«¿I si te lo rogara con encarecimiento?

—«Sentiría responderte con una negativa.

—«Há, pues, algo que no pueden alcanzar los ruegos de una mujer?

—«Los compromisos contraídos bajo palabra de honor.

—«Muy sagrados son en efecto; oye, Daniel, las mujeres no contraen jamás compromisos para no verse en el caso de no ser complacientes con sus maridos. ¿Por qué los hombres no procedan lo mismo?

—«Nosotros tenemos otras exigencias.

—«¿Es verdad! todo no pasa de ser el resultado de nuestros hábitos sociales!

Albertina se puso triste i pensativa.

—«Si tienes empeño, la dije, en efectuar ese paseo, lo haremos mañana.

—«¿A la hora que te propongo?

—«Sí, a la hora que me propones.

—«¿I podremos repetirlo con frecuencia?

—«No veo inconveniente.

—«Tú eres bueno, Daniel, me dijo con ternura, solo que....

—«A propósito—interrumpí, comprendiendo lo que podría decirme.—Convidaré algunos amigos a ese paseo.

—«¿No piensas que seríamos mas felices yendo solos?

—«Nó, ciertamente. Los amigos, al contrario estimulan nuestros placeres.

—«Los pensamientos íntimos buscan la soledad.... como en los primeros días de nuestro matrimonio. Esto no impide—se apresuró a decir Albertina que notó en mí un gesto displicente—que, si lo deseas, iremos con las personas que gustes....»

#### IV.

En la noche fué puntual como lo había prometido. Jerardo i los suyos me aguardaban en sus puestos. Dimos principio al juego, preocupado yo, ávidos ellos de ganancia.

—«¿Qué tienes? me preguntó Jerardo pasados algunos momentos. Te veo pensativo i rehusas beber, lo que para mí es inconcebible.

—«Me preocupa la idea de un paseo.

—«¿I por eso solo te entristeces?

—«Juzgo que me hallarás razón cuando sepas que ese paseo es invención de Albertina.

—«Te comprendo ménos, la compañía de tu esposa debe hacértelo mas agradable.

—«¿Lo crees así, mi buen amigo?

—«Sin duda.

—«Pues entonces irás con nosotros.

—«¿Adónde?

—«Canario? al paseo.

—«Acepto, exclamó Jerardo cuyos ojos brillaron de alegría.

—«Si yo, no deseaba ir, era porque Albertina tuvo el capricho de proponérmelo para las oraciones.

—«Ah! diablo ¿i sin duda te propuso la repetición de ese paseo?

—«Exactamente.

—«Era de presumirlo, murmuró entre dientes.

—«¿Desistes, pues, ya que sabes la hora?

—«De ninguna manera. Será para mí un honor ofrecer mis respetos a tu esposa.

«Como habíamos convenido en pasar las noches de otra manera....

—«No importa.... Mil ocasiones se nos presentarán en adelante.»

Haciendo un violento esfuerzo, logré dominarme por esa noche. Cuando llegué a casa, Albertina me miró con fijeza i luego exhalando un grito de alegría se abrazó de mi cuello radiante de felicidad. ¡Yo no estaba ebrio! Un rayo de esperanza volvió

a iluminar su espíritu abatido ya por mis excesos.—Mentira, esa esperanza iba a convertirse bien pronto en una amarga decepcion.

## V.

A la hora que habíamos convenido visitamos una de mis propiedades situada a estramuros de la ciudad. Jerardo se mostró con una fina atencion i una delicada obsequiosidad. Albertina parecia contenta: apoyada en mi brazo, recorrió la huerta i el jardin i aceptaba risueña las flores que Jerardo recojia para ella. A las nueve sali para ordenar nos sirvieran una lijera cena. Tardé mas de lo que pensaba, porque el cuidador me pidió minuciosas instrucciones acerca de algunas mejoras que intentaba introducir en la quinta. A mi regreso noté a Albertina mui séria i a Jerardo con el rostro encendido. Solo despues he fijado mi atencion en esa circunstancia que entónces me pasó desapercibida.

Nos sirvieron la cena que se componia de fiambres i de una sola botella de vino. Llené los vasos i Jerardo invitó a Albertina.

—«Dispensadme, caballero, dijo, no tengo costumbre de beber.

—«No me dais el gusto de hacer por ahora una escepcion?

—«Esperad, dije, vaciando mi vaso, talvez Albertina no encuentre bueno este vino: voi por otro.

Bajé a la bodega, destapé una botella i asiéndola por el gollete, la acerqué a mis labios i vacié hasta su última gota.

—«Si mis piernas vacilan, me dije, tanto mejor, Albertina atribuirá en adelante mi embriaguez a libaciones tan moderadas como las de ahora.

Subí con una botella. Jerardo la abrió i echando algunas gotas en uno de los vasos, exclamó con una alegria que no hallé justificada.

—«Pero si es el mismo que teníamos antes; vuelve otra vez i busca con cuidado, no importa que te demores.

Albertina, palideciendo, replicó:

—«Nó, no vayas, Daniel... tomaré de éste.

—«¿A qué fin violentarse? observó Jerardo. Me parece que la bodega no está léjos.

—«A dos pasos, exclamé halagado con la expectativa de una nueva libacion.

—«Vuelve pronto, te lo suplico, agregó Albertina con un lijero tono de angustia.

Al salvar la puerta me empuñé la botella que tenia destapada i volvi con una de jerez de la bodega.

Jerardo que se habia encargado de la operacion de llenar los vasos, dijo con una sonrisa particular, mirando a Albertina:

—«Esta botella está vacía...

En mi precipitacion habia olvidado abandonar la que bebiere al salir de la pieza i fué esa precisamente la que pasé a Jerardo.

—«Retirémonos, dijo Albertina con amarga sonrisa.

Sorprendido infraganti, me dejé conducir sin resistencia. Subimos al carruaje que nos esperaba i llegamos a nuestra casa sin contratiempo. Jerardo se despidió a la puerta. Quedamos solos Albertina i yo... Como el silencio me fuera embarazoso, dije:

—«Si te ha agradado el paseo, podremos repetirlo.

—«Es inútil.

—«Sea como tú quieras.

—«Si yo fuera sola, no diria que no...

—«¿I bien ¿quién te impide hacerlo?

—«Al decir sola, he hablado tambien por tí.

—«Veremos, como se están haciendo algunas reparaciones...

—«Repetiré como tú Daniel, dijo Albertina con las lágrimas en los ojos, verémos...

I se retiró a su pieza.»

## VI.

Desde ese tiempo el café de la Estrella me vió noche a noche en sus habitaciones del segundo piso. Ahí bebia hasta la estupidez i solia tomar parte en el juego aunque no con la misma frecuencia. El vicio que me dominaba de una manera irreducible era la bebida.

En mis horas de calma me proponia abandonarlo, pero llegada la noche una exigencia superior a mis fuerzas me arrastraba.

¡Yo tenia los huesos calcinados por el vicio!

Mas de una vez me aconteció despertar de mis buenos propósitos a mitad del camino de esa casa, i como todas las noches, tomaba asiento, i como todas las noches,

caía en una ajitada somnolencia, producida por el abuso del licor.

Jerardo solía verme en casa i noté algunas veces que salía de la sala cuando mi ebriedad llegaba a sus últimos límites.

—¿Sabeis dónde iba?... a ver a mi Albertina i Albertina no me decía nada porque temía las consecuencias de un duelo i confiaba en su virtud.

¡Maldición! talvez hubiera conseguido matarme, lo mejor que me pudiera suceder. ¡Albertina, libre de mí, no habría sido tan desgraciada!

#### EL VÉRTIGO.

Calló algunos momentos Daniel como agoviado por el peso de sus recuerdos.

Hernán se preguntaba con un vago terror las relaciones que pudieran unirle a ese hombre tan culpable como desgraciado, sin que pudiera deducir de lo que había oído hasta entonces nada que satisficiera su curiosidad. No obstante, permanecí silencioso esperando la continuación de esa historia. No tardó Daniel en proseguirla, precipitando sus palabras como si le quemaran los labios.

—Una de las noches que me recojí al amanecer encontré que Albertina no se había desnudado. Rojos estaban sus ojos por el llanto i pálida su frente como consecuencia de la velada.

—¿Por qué no te has recojido? pregunté con enojo.

Como veis, ya sin ningún rubor me presentaba ébrio i comenzaba por enfadarme con el objeto de evitar los reproches que con tanta justicia pudiera dirigirme.

—Acostada o de pie, me es imposible conciliar el sueño en tus largas horas de ausencia, me contestó Albertina con voz triste.

—El caso es que yo tampoco duermo, respondí con cinismo.

—Bien pudieras entonces dedicarme las horas de la noche, i así, no lo dudes, seríamos felices.

—Seríamos felices luego no le eres?

—Nó, Daniel, tú lo sabes.

—Nó, no lo sé i por eso lo pregunto.

—I yo te respondo que la felicidad ha huido desde hace tiempo de mí.

—¿Qué te falta pues? Veamos... joyas... oro...

—Daniel, me interrumpió Albertina levantando su frente con noble majestad,

las mujeres como yo no cifran su ventura en el brillo de una joya ni se deslumbran por el miserable poder del oro; la felicidad la buscan en la correspondencia de un tierno i abnegado amor. Mira mis lágrimas, mis mejillas marchitas a los 16 años, i aprende al ménos a respetar mis sentimientos.

—¿Bravo! eres el modelo de las románticas.

—Nó, soi una pobre mujer que sola i olvidada espera a su marido hasta los primeros albores de la mañana, confiando siempre atraerle al camino de la rectitud i de la justicia.

—Muy bien. ¿Soi, según eso, un ente mezquino i despreciable?

—No sé yo quien me esprese en esos términos; te conozco i sé que los que se titulan tus amigos te retienen lejos de mí. Oye, mañana... después si lo deseas, podemos continuar esta conversacion.

—¿Por qué no ahora?

—Es demasiado tarde.

—Mientes, tú me crees ébrio, dije tambaleándome hasta tropezar con Albertina... ¿A qué te pones por delante? exclamé entonces colérico por una falta que era solo mía.

—No te enfades... ha sido una casualidad, una casualidad sin consecuencias.

—¿Sí? advertidamente te has puesto a mi paso para hacerme tropezar... para tener el pretexto de decirme ébrio.

—No es ese mi lenguaje cuando se trata de ti. ¿Por qué no te inspiras en los primeros días de nuestro amor? ¿Te acuerdas? yo era una niña... desde mis juveniles años me sentí inclinada hacia ti por una simpatía irresistible... Tú también creíste hallar en mí una tierna compañera que te hiciera ménos penoso el tránsito por esta vida... Si no soi lo que presentiste, si no he realizado tus ensueños, culpa al destino, pero no a mi voluntad: ésta ha sido amarte i obedecerte.

—¿No creéis avanzada la hora para ocuparnos de idilios?

—A mi jamás me parecen importuno estos recuerdos; al traerlos a la memoria, sin esfuerzo alguno te perdono.

—¿Oigan! me perdonas... ¿de tus impertinencias acaso?

—De tu olvido. Daniel; pero dime: ¿juzgas impertinencias mi amor i mi constancia?

—«Eres insufrible; contigo no tendré nunca un momento de quietud ni de tranquilidad.»

I ébrio de cólera i de vino, talvez porqué injusto i pervertido me abrumaban los destellos de ese ángel, alzé mi mano sobre su rostro inundado por el llanto que en mi locura lo hiciera derramar.»

¿Me creéis ahora maldito? pensais que una larga vida de sacrificios pueda espiar ese arranque cien veces infame, cien veces miserable?

(Concluirá.)

## LOS JESUITAS I SUS DETRACTORES.

### IX.

De todo lo que hasta aquí llevamos es-puesto resulta que los detractores de los jesuitas poseen un criterio especial para apreciar sus actos i deducir contra la Compañía acusaciones de que protesta el sentido comun.

Vamos a ver ahora que tambien dispo-nen de una historia especial, escrita evi-dentemente para su esclusivo uso, porque ella no se parece a las demas historias que andan en manos de todos i que son jeneral-mente aceptadas como fuente de verdad en materia de relacion de hechos.

Leemos en la página 36:

«La *conspiracion de la pólvora*, que estalló en Inglaterra en 1605, fué tramada por los jesuitas. El jesuita Gerardo hizo comulgar a los conjurados; i el padre Garnet es-clamó en una plegaria publica: «Dios, des-truid a una nacion pérfida, estirpadla de la tierra de los vivos, a fin de que podamos alegremente rendir a Jesucristo las alaban-zas que le son debidas.» El parlamento in-gles debia volarse el día de la solemne se-sion, pero descubrióse a tiempo la conspi-racion i se retuvo a los culpables. El 3 de mayo de 1606, Garnet, ya en el cadalso, i apresándole los remordimientos, dijo a los espectadores «que habia sido un *atentado horroroso*.» En 1603, Garnet, preguntado si era lícito, haciendo perecer a muchos culpables, el envolver en su ruina a algu-nos inocentes, respondió ardientemente i sin vacilar «que si el beneficio de la faccion

católica estribase en esto, i hubiera mayor número de culpables que de inocentes, se podia lícitamente hacerlos sucumbir a to-dos.

«Los conjurados Catesby, Greenwelle, Garnet i Oldercon, jesuitas, habian emplea-do un año para abrir una mina debajo del Parlamento: su proyecto era hacer volar a los miembros de las Cámaras de los co-munes i lores al propio tiempo que a la rei-na i los ministros. Garnet hizo por último confesion completa, la cual quedó en los archivos autorizada con la firma de este re-jicida.

«Léese en una obra de los jesuitas: «En la conspiracion de la pólvora pereció *el santo mártir Enrique Garnet*, con el cual la herejía inventó una calumnia insigne para deshonralo; pero fué en vano, pues sus ene-migos reconocieron manifestamente su ino-cencia, porque una gota de su sangre (Gar-net fué ahorcado) que cayó sobre una es-pada, representó a las mil maravillas su celeste rostro.»

Sin exajeracion, podemos decir que hai en los párrafos copiados tantas falsedades como líneas. Si quisiéramos desbaratar con una sola observacion el cúmulo de calum-nias levantado ahí contra los jesuitas, di-riamos únicamente que el mas atrasado es-tudiante de humanidades no ignora que la conspiracion de la pólvora tuvo lugar bajo Jacobo I i no bajo el reinado de Isabel. No fué, pues, a ninguna reina sino al rei Jacobo I. al que se quiso hacer perecer con el Parlamento bajo las ruinas del palacio de Westminster.

Ahora bien, ¿qué fé merece en sus demas afirmaciones históricas un historiador que no sabe ni contra quien fué tramada la conspiracion de la pólvora?

Pero prescindamos de esto i hagamos una relacion sucinta i fiel de este fa-moso acontecimiento.

Todo el que haya leído siquiera un com-pendio de historia sabe a qué causas se debió la separacion de la Inglaterra del seno de la Iglesia católica en el reinado de Enrique VIII. Aquel rei, celoso defen-sor de la Iglesia en sus primeros años, fué despues su peor enemigo, cuando no pudo obtener del vicario de Jesucristo la sancion de sus torpes liviandades. Desconociendo la autoridad del Pontífice romano, se hizo Pontífice él mismo, dando por base a su

# LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO III.

Santiago, agosto 21 de 1870.

Núm. 151.

## SUMARIO.

Certámen literario.—El vértigo de un vicio, conclusion.—Cárls Dickens.—Los jesuitas i sus detractores, continuacion.—Poesías.

### NUEVO CERTAMEN LITERARIO.

Los entusiastas jóvenes a cuyos trabajos debe *La Estrella de Chile* las considerables mejoras que nuestros lectores habrán notado en su redaccion desde hace algun tiempo han emprendido con empeño la gloriosa tarea de estimular a la medida de sus fuerzas a la juventud literata del país i proporcionar al mismo tiempo a este periódico una lectura orijinal, amena i de buen gusto: propósitos ámbos altamente laudables.

Animado el *Círculo de Colaboradores de «La Estrella de Chile»* por el buen éxito que obtuvo en su certámen del 15 de junio pasado, abre hoy uno nuevo.

Se otorgará un premio de cien pesos al autor del mejor cuento en prosa.

Todos los trabajos deberán estar en poder del Secretario del *Círculo* (1) el 15 de noviembre próximo venidero, i deberán remitirse, como en el certámen pasado, señalados con un seudónimo o lema, acompañando la firma del autor dentro de un sobre cerrado en cuya cubierta se inscribirá el seudónimo o lema respectivo.

Los jueces del certámen serán los mui distinguidos literatos señores

(1) Imprenta de *El Independiente*.

Don Miguel Luis Amunátegui,  
Don Domingo Arteaga Alemparte i  
Don Camilo Cobo,

que bondadosamente se han prestado a ello.

Tanto la composicion premiada como todas las demas se publicarán sucesivamente en *La Estrella de Chile*.

Los concurrentes al certámen podrán aprovechar la composicion del periódico para hacer una edicion elegante i económica de sus trabajos.

Esperamos con fiadanza que nuestros jóvenes literatos prestarán su concurrencia a un certámen que la merece aunque no sea mas que por los jueces que van a decidir de su éxito.

Los EE.

### EL VÉRTIGO DE UN VICIO.

(Conclusion.)

No es esto solo, el vértigo no paró aquí.

A la mañana siguiente Albertina se presentó cubierta con un velo. Recordé los acontecimientos que os acabo de referir i como sucedia siempre que no me hallaba bajo la influencia de la bebida, me disculpé con sinceridad.

Albertina se estremeció.

—«Sé mui bien, dijo, que eres incapaz de cometer esos excesos en circunstancias normales; pero ya que en ese estado te es imposible dominarte ¿por qué no triunfas de ese vicio que ahonda nuestra desgracia?»

Yo juré ser otro en adelante. ¡Sacrílego! días mas tarde, como vereis, ya lo habia quebrantado.

—«Albertina, dije despues de esta reconciliacion, despijate del velo, quiero leer

en tu rostro la sonrisa de una naciente esperanza.

Se resistió. Creyéndolo solo un capricho, me levanté para arrancárselo. Albertina se cubrió con las manos, aparté también las manos i entónces pude comprender su resistencia.

En una de sus mejillas conservaba impresa una huella sangrienta...

## II.

Seis dias estuve sin salir, ya experimentaba un desasosiego abrumador; la ideas de mis licores favoritos no me abandonaba un instante. Albertina notaba este malestar, se aflijia i se esforzaba por distraerme.

Una noche salí como a escondidas. Sea por casualidad o cálculo, encontré a Jerardo que tuvo poder para retenerme, hasta mui entrada la noche. Desde entónces salía sin interrupcion i llegaba siempre en el mismo estado. Mas de una vez renové las escenas que os he referido... ya no me quedaba ni un ápice de vergüenza....

Albertina—no habia querido decirlo hasta ahora—agregó Daniel apresurando de un modo vertijinoso sus palabras—Albertina estaba mui avanzada en su embarazo.... Esa circunstancia no llegó a ser para mí un inconveniente....

¿Las fieras proceden así? ¡Mentira, mil veces mentira! Estos brutales excesos están reservados, entendedlo bien, a los hombres esclavos de ese vicio vergonzoso.»

—Daniel espumaba como un epiléptico. Hernan le tenia miedo. Aquel continuó con la vista estraviada:

«De vuelta de una orjía me diriji a casa acompañado de Jerardo.

Albertina, marchita como una flor que han pisoteado los sátiros, velaba al pié de su cama.

—¿Tienes dinero?.... ¿No has oído? Pregunto si tienes dinero: es una deuda que debo pagar en este mismo instante—agregué sacudiéndola por uno de sus brazos.

Albertina al volver vió a Jerardo.

—¿Has traído al señor para que sea testigo de tus violencias?

—Es un amigo, un amigo que tu conoces.

—Sí, conozco a ése que se llama tu amigo.

—I bien, tendrás por él toda especie de consideraciones. ¿Entiendes?—I volví a sacudirla.

En lugar de la humilde resignacion a que estaba acostumbrado, Albertina se puso de pié rijida i altiva.

—¡Salid, caballero! dijo a Jerardo.

—«Sereis vos quien salga, dije empujándola tan brutalmente que su cabeza se estrello contra las molduras del catre.»

Dió un grito terrible, pero se alzó casi en el mismo instante.

Su rostro estaba salpicado de sangre. Subióse penosamente al lecho i exclamó dirijiéndose a mí.

—«He despedido a ese caballero, ahora os toca vuestro turno: salid, yo no os conozco i desde luego no existe relacion alguna entre vos i yo—i con jesto imperioso me mostró la puerta.»

Su rostro cubierto de sangre estaba tan venerable que obedeci.

Al dirijirla una última mirada, la vi que se revolcaba en su lecho i mordía las sábanas dejando escapar gritos comprimidos....

¡La infeliz iba a ser madre....! ¡Sola, sin auxilio ninguno dió a luz una hija!!

Al dia siguiente volví.

Albertina se enderezó en su cama.

—«¿Quién sois? dijo; yo no os conozco. Yo no tengo esposo, ni padre para mi hija....

—Perdonadme.

—«¿I de qué os perdono, caballero? de presentaros aquí sin antecedentes?... juzgo que os habreis equivocado, pero vais a salir al punto.»

Creí que luchaba con el delirio de la fiebre.

Me equivocaba. Diversas veces me presenté i en todas con la mayor sangre fria aparentó no conocerme. Una sola ocasion me dijo:

Felizmente mi hija no tendrá que avergonzarse de un padre vicioso i corrompido.

Una tarde la encontre de visita en una casa... Albertina refirió sin que un solo músculo de su cara se contrajera, que su marido guiado por una especulacion se habia marchado a Europa, desde cuyo viaje no sabia de él. Lo consideraba muerto.

No cabia duda: yo no era para Albertina sino una sombra.

Desde este suceso Jerardo se volvió taciturno i en poco tiempo perdió al juego toda su fortuna.

Yo que bebia de dia i de noche le tenia

por único compañero, i Jerardo que habiendo comenzado ántes que yo su carrera en el vicio, logró embrutecerse hasta el estremo de no ser admitido ni aun en las mesas de juego.

Yo que lo creia siempre un amigo sincero, lo protejia.

Un acontecimiento vino a poner de manifiesto la deslealtad de su conducta.

UN PADRE VISITA CLANDESTINAMENTE EL  
LECHO DE SU HIJA.

I.

A pesar de mi vida abandonada, el recuerdo de mi hija venia con frecuencia a mi memoria, el recuerdo de esa a quien no conocia, ignorando ella talvez que tenia padre. Mirando a las personas indijentes acariciar a sus hijos, se me oprimia el corazon i una lágrima humedecia mis cansados ojos. No importan ni sus harapos, ni su miseria—me decia—ellos ciertamente son mas felices que yo.—I yo ¿por qué no lo era?

Un vicio fatal contraido en mi niñez, imperioso en mi juventud e irresistible en mis últimos años, me alejó para siempre de esa felicidad. ¡Por él perdí a mi esposa, por él no conocí a mi hija! Cuando me dominaban estas reflexiones, las últimas palabras de Albertina resonaban en mis oídos como un acento de maldición: «Daniel ha muerto, mi Ema, mi hija, no tendrá que avergonzarse de su padre!»

Una mañana divisé a una mendiga con un pequeñuelo en sus brazos. Recibió el pan que le diera una alma caritativa, i lo llevó a sus labios pálidos por el hambre. El niño sollozó estendiendo sus manos. La mendiga lo miró con una ternura indefinible, i retirando el pan de su boca, lo dió a su hijo.—Pensé en mi esposa i pensé en mi hijo....Talvez tienen hambre, murmuré... ¿I por qué no? Felipe habia muerto sin dejar grandes bienes de fortuna; en cuanto a mí, mi libertinaje me habia arruinado.

Creí ver a mi hija llorando de necesidad i a Albertina abriendo las venas de su pecho para alimentarla.

Di a la mendiga el dinero que llevaba i en lugar de dirigirme al café de la *Estrella*, me fui a casa i con la mayor impaciencia esperé la noche.

II.

Sali al dar las oraciones i me encerré en los altos de una casa desocupada que habia alquilado con este objeto durante el día i que estaba contigua a la de Albertina.

Un solo tabique me separaba de mi mujer i de mi hija!

Resolví esperar la media noche, pero mi impaciencia e inquietud me indujeron a anticipar la hora.

Hacia frio i el cielo estaba cargado de nubes.

Me embocé en mi capa, tomé una linterna sorda entre los dientes, i convencido de la soledad de la calle salvé la reja i asién dome de la baranda, emprendí ese camino aéreo, hasta llegar a la altura de la habitacion de Albertina. El balcon que daba a la calle era corrido. Penetré en él i me detuve jadeando de emocion i de cansancio. Acerqué mi oído a la puerta. Nada.—Todo estaba en silencio. La empujé tomando mil precauciones i al abrirse produjo, no obstante, un ruido agudo.

Me detuve como un ladrón que teme ser descubierto. La esperanza de ver a mi hija me alentó nuevamente.

Entré caminando sobre la punta de mis piés....percibi una respiracion ajitada....tuve miedo, pero resuelto a todo, saqué mi linterna.

Una hermosísima niña recostada sobre un blanco lecho presentóse a mi vista, los cabellos rubios como el oro caian profusamente sobre la almohada i sus grandes ojos me miraban risueños. No me cabia duda, era mi hija, era Albertina a los 14 años.

Largo tiempo la contemplé con un éxtasis arrobador. Deseos me dieron de gritar: Ema, yo soi tu padre, de arrojarme en seguida en sus brazos i besar una i mil veces su frente i sus cabellos. Oh! mi hija, ¡cuán hermosa estaba así i cuán indigno me consideraba de ser su padre!

Noté que sus ojos se cerraban mui a menudo i deduje que la ofendia la vista la luz proyectada por mi linterna. Para salvar esta molestia, puse aquella sobre una cómoda situada a corta distancia de mí, teniendo cuidado de dejar a Ema en una suave penumbra. La luz alumbró entónces de lleno un cuaderno en cuyas tapas se leia: «Mis memorias.» Impulsado por una curio-

sidad imprescindible, lei precipitadamente algunas de sus páginas.... Bajo un nombre supuesto, Albertina narraba mi vida criminal i sus letales sufrimientos.... Crei una profanacion permanecer por mas tiempo en ese sitio.... di una mirada de despedida a mi Ema, i me diriji a la puerta...; pero, volviendo sobre mis pasos, me acerqué a su lecho i estampé un beso en sus mejillas. Ema dejó escapar un débil grito, i yo hui como un malhechor perseguido de cerca por la justicia.

Corri hasta llegar a casa, i una vez que logré dominar tan distintas emociones i con lágrimas de arrepentimiento lei en esas páginas acusadoras la infame conducta de Jerardo, de ese amigo testigo e iniciador de mis orjías. Frenético de venganza, me lancé entónces en su persecucion.... Ya sabeis lo que sucedió.

El miserable estaba incapaz de admitir una provocacion.... Al ver su rostro descompuesto por el delirio que le causó mi violencia, reflexioné que yo era tan culpable como él, i trayendo a mi memoria los nuevos sentimientos que me inspirara la visita a mi hija i los recuerdos de Albertina, lo perdoné en su nombre.

—Luego Ema, exclamó Hernan, palpitante de emocion....

—Es la jóven que habeis visto una tarde en un balcón conversando con su madre. ¿Comprendeis ahora? Anoche permanecí indiferente a vuestras injurias porque amais a mi hija! Por ella, por ella sola os he respetado.

I bien, cualesquiera que sean las impresiones que habeis logrado inspirarle, nunca, nunca tocareis su mano i ménos tendréis entrada en su casa mientras paseis vuestras noches en el café de la *Estrella*. Os he referido esta historia para que aprendais en mi ejemplo las funestas consecuencias de la bebida, a la que os entregais ahora con loco frenesí. Os he contado esta historia para que no elaveis jamas vuestras miradas hácia Ema, mientras quede en vuestra alma la mas leve inclinacion al vicio que me ha perdido. Aun es tiempo, jóven: ved el camino que os conviene. Donde me veis, hace dos años que voi noche a noche al café de la *Estrella*, pido mi vino favorito, lleno las copas i os juro que durante esos años no he bebido una gota. Creo haberme dominado ¿i sabeis lo que espero? —Que cuando llegue el momento de mi

muerte, Albertina se acerque a mi lecho, me señale a su hija i me perdone. Aguardo ese momento i si mis deseos se realizan, moriré bendiciéndola.»

—Al decir estas palabras, Daniel calló, jadeante como un corcel despues de una larga carrera.

EL PERDON DE UNA MÁRTIR.

Mientras Daniel i Hernan permanecian en silencio, se oyó una voz que decia: ¡soco- rro! por favor, socorro!

Ambos salieron como impulsados por un mismo sentimiento.

En la pieza vecina apareció una jóven con los cabellos en desórden.

—Ema! murmuró Hernan.

—Mi hija! exclamó Daniel, cayéndose de rodillas.

—Socorred a mi madre, dijo Ema juntando sus manos, yo creo que se muere.

Rápidos como el pensamiento, los tres personajes entraron en la vecina habitacion.

Sobre un lecho mezquino i pobre yacia Albertina pálida i espirante.

—Daniel —exclamó, abriendo ponosamente sus párpados—¿dónde estás? Acércate....tengo que hablarte i mi voz está mui débil.

Daniel se precipitó sobre los piés de Albertina.

—Desde hace dias estaba enferma...¿me oyes Daniel?

—Sí—dijo éste, haciendo un gran esfuerzo para articular esa palabra.

—Pues bien, estaba enferma desde hace dias....no creas que por las privaciones, nó. Con mi trabajo he ganado lo suficiente para mi hija i para mí

—Perdon! exclamó Daniel apretándose la garganta para ahogar un ronco sollozo, perdon!

—¿No te he dicho que mi enfermedad no ha provenido de mis sufrimientos? ¿a qué vienen esas lágrimas? Yo me sentia mui débil i pensaba en tí....¿Cómo olvidar la aurora de mi felicidad?...i luego mi Ema... sola en el mundo.

—Ah! madre mia, ¿por qué te dominan tan lúgubres ideas? yo espero que dias felices luciran aun para nosotros.

Albertina acarició los cabellos de Ema i se sonrió con tristeza....

—Hoi, mientras dormia con un sueño ligero, me pareció oír tu voz....no me engañaba....todo lo he oído....tus desvíos

que recargabas de colores, i tu arrepentimiento....Fué entónces cuando dije: ya puedo morir, mi hija ha encontrado a su padre....

—Mi padre! exclamó Ema.

Daniel, sin abandonar los piés de Albertina, atrajo hácia sí a su hija i lloró sobre su seno....

—Ya puedo morir, repitió Albertina contemplando ese grupo formado por el padre i la hija.

—Albertina, exclamó Daniel, Dios no querrá castigarme de una manera tan terrible....te serviré en este mundo....allá en el otro venga el castigo, es justo.

—Acércate, Daniel, aprétame la mano....mui bien....no te apartes ahora un solo instante de mi lado.—Ema, aquí....en mi cabecera....¡Ya vuelvo a ser feliz! gracias, Dios mío....un esposo a quien se ama, una hija a quien se adora, la expectativa del cielo ¿qué mas puedo desear en este momento?

Ema i Daniel parecían los moribundos; Albertina, el ánjel de la resignación i del consuelo....

La agonía fué corta, i sin esos sacudimientos que horripilan, el alma de la mártir se exhaló en un suspiro que los espíritus invisibles recojieron en sus doradas alas.

Hernán, arrodillado también, oraba con fervor al pié del lecho de ese ánjel que abandonaba su túnica a la tierra, i oraba con sincera gratitud, porque ese ejemplo le detenía al borde de un abismo.

Daniel se alzó, por fin, diciendo con una amargura que helaba el alma: hé ahí un blanco lirio que se agostó cuando comenzaba a despedir su perfume....murió.... nada me queda en este mundo.

Ema se precipitó a sus brazos.

—Es verdad, añadió, algo me resta aun....la espianción i el remordimiento.

Sin embargo, el cielo parecía haberse apiadado de ese desgraciado.

Daniel estaba herido de muerte. Verdad que en un año sus cabellos habían encanecido.....

#### EPILOGO.

Algun tiempo después de los acontecimientos que acabamos de referir, paró un carruaje a las puertas del cementerio el día de ánimas. Un jóven abrió la portezuela, i risueño ofreció su mano a una rubia niña que descendió con lijereza.

Ambos estaban estrictamente vestidos de negro. Tomaron el patio de los mausoleos, i sin guía ni vacilación se detuvieron al borde de una sepultura. Renovaron las flores i coronas marchitas por la intemperie, i luego se arrodillaron uno cerca del otro en la grada del mármol, permaneciendo largo rato en su recojimiento.

El jóven se levantó primero, i dijo a su compañera que sollozaba:

—¿Por qué lloras, Ema? Albertina fué una mártir i Daniel apuró hasta las últimas gotas del sufrimiento. Yo vengo a esta tumba para inspirarme en mis propósitos e invocarlos para que velen por nuestra dicha.

Suspiró Ema i sin resistencia se dejó conducir por su marido.

—Cuando me veo, Hernán, tan querida i tan feliz, pienso en mis padres.

La tempestad fué para ellos, los días serenos para nosotros.

—No nos entristezcamos, que ya reposan el sueño eterno. Miremos el porvenir....i pues nos sonríe, gocemos de la vida sin olvidar las lecciones ni el ejemplo.

Un tierno beso se dejó oír medio apagado por el ruido del carruaje al emprender su marcha.

Eran felices.

Velaban por ellos dos seres que habían agotado los sufrimientos de este mundo.

Santiago, junio 7 de 1870.

VALENTIN MURILLO.



CARLOS DICKENS.

Sería juzgar mal a Carlos Dickens i la obra que ha llevado a cabo ver en él tan solo un literato, un novelista: ha sido algo mas para sus compatriotas i sus contemporáneos; mas bien dicho, conviene notar que en Inglaterra ha tomado la literatura en la actualidad sobre las costumbres nacionales una influencia tal que los literatos pueden con justo título considerarse como verdaderos hombres de Estado. Carlos Dickens ha sido, con todo el rigor de la expresión, el director de la opinión pública en un país en que la opinión es soberana. Ya con sus propias obras, ya con las que él ha inspirado, ha movido las pasiones i obrado